





**LA METAMORFOSIS  
Y EL ARTISTA DEL HAMBRE**



FRANK KAFKA

# LA METAMORFOSIS

Y

# EL ARTISTA DEL HAMBRE

PRÓLOGO DE  
HÉCTOR GALMÉS



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1109-7

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL

Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138

11.200 - Montevideo, Uruguay.

[www.bandaoriental.com.uy](http://www.bandaoriental.com.uy)

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Impreso en Uruguay - 2018

## Prefacio

El lector exigente, apelando a su natural derecho a desconfiar de las traducciones, tal vez se pregunte si no habrá sido ocioso nuestro propósito de emprender una nueva versión castellana de *La metamorfosis* en la que advertirá diferencias con la de J.L. Borges, si se toma el trabajo de cotejarlas.

En materia de traducciones es más fácil descubrir infidelidades ajenas que advertir las propias, que sin duda han de existir, porque traducir es aproximarse sin llegar jamás, luchar con dos idiomas y arriesgarse a ser doblemente vencido.

Aunque no es nuestra intención hacer una crítica pormenorizada de la traducción de Borges –con la cual, de más está decirlo, tenemos una gran deuda, pues le debemos nuestro primer conocimiento de Kafka, hace más de dos décadas–, nos permitimos, como concesión al lector, señalar algunas de las diferencias aludidas.

En primer término, hemos mantenido la división en tres partes y, en lo posible, los largos párrafos de la edición alemana, pues consideramos que esto último está más en consonancia con el *tempo* del relato que el párrafo, por lo general breve, que prefiere Borges.

Algo que parecerá pueril si se abstrae la significación del detalle, de la nimiedad, en Kafka: en la mayor parte del texto, el autor, al referirse a las extremidades del insecto utiliza el diminutivo *Beinchen* (patitas); Borges lo evita.

En lugar de *principal* hemos optado por *encargado* para traducir libremente el término *Prokurist* (apoderado) por creer que expresa con más propiedad el carácter subordinado de su función.

En el último párrafo del primer capítulo dice el texto:

*Vielmehr trieb er als gabe es kein Hindernis, Gregor jetzt unter besonderem Lärm vorwärts; es klang schon hinter Gregor gar nicht mehr wie die Stimme bloss eines einzigen Vaters.*

(*Más bien, como si no existiese ningún obstáculo, impelía a Gregorio a avanzar, haciendo un ruido singular que este sentía resonar detrás suyo como si ya no fuera simplemente la voz de un único padre*).

La versión de Borges pasa por alto la impresión momentánea de Gregorio de ser perseguido por múltiples padres:

*Como si no existiese para esto ningún impedimento, empujaba, pues, a Gregorio con estrépito creciente. Gregorio sentía tras de sí una voz que parecía imposible fuese la de su padre.*

En el primer párrafo del capítulo II leemos:

*Der Schein der elektrischen Strassenlampen lag bleich hier und da auf der Zimmerdecke und auf den höheren Teilen der Möbel.*

(*La luz de los faroles eléctricos de la calle se proyectaba pálidamente aquí y allá sobre el techo de la habitación y en la parte superior de los muebles*).

Borges traduce:

*El reflejo del tranvía eléctrico ponía franjas de luz en el techo de la habitación y la parte superior de los muebles.*

Y en el último párrafo del mismo capítulo (p 52) encontramos un pasaje en que la versión de Borges presenta mayor diferencia aun con el texto original:



*Er warf seine Mütze, auf der ein Goldmonogramm, wahrscheinlich das einer Bank, angebracht war, über das ganze Zimmer im Bogen auf das Kanapee hin und ging, die Enden seines langen Uniformrockes zurückgeschlagen, die Hände in die Hosentaschen, mit verbissenem Gesicht auf Gregor zu.*

*(Arrojó su gorra que lucía un monograma dorado –probablemente de un banco– la cual, trazando una curva, atravesó la habitación para caer sobre el sofá y, apartando los faldones de su largo uniforme, avanzó hacia Gregorio con las manos en los bolsillos del pantalón y el rostro desencajado).*

Borges, sin advertir que la curva es trazada por la gorra y no por el padre, traduce:

*Arrojó sobre el sofá la gorra que ostentaba un monograma dorado –probablemente el de algún Banco– y, trazando una curva, cruzó toda la habitación, dirigiéndose con cara torva hacia Gregorio, con las manos en los bolsillos del pantalón, y los faldones de su larga levita de uniforme recogidos hacia atrás.*

No queremos fatigar al lector con observaciones menos importantes, más la anotación de algunas omisiones. Preferimos encarar los riesgos mencionados al principio, aunque desde ya nos sentimos alcanzados de alguna manera por la ironía del autor de *Ficciones*: “...acometió una empresa complejísima y de antemano fútil. Dedicó sus escrúpulos y vigiliias a repetir en un idioma ajeno un libro preexistente” (J.L. Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*).

Desde un hipotético punto de vista del autor de *La metamorfosis*, no cabe duda que el idioma será ajeno, pues en alemán suele decirse para expresar extrañeza: *Das ist mir spanisch!!* (¡Esto es español para mí!)



## Introducción

Pocos son los autores que han dejado un informe tan pormenorizado de sus inquietudes y tribulaciones como el que hallamos en los Diarios y Cartas de Kafka; sin embargo el desconcierto que ha sembrado y sigue sembrando entre críticos y comentaristas, ha suscitado una polémica que parece no tener fin, como si hubiese sido hondamente penetrada por el infinito kafkiano. Si Max Brod, amigo íntimo del escritor, hubiese acatado la última voluntad de este y entregado a la hoguera sus papeles inéditos, no hubiera ahorrado muchas fatigas a los especialistas (aunque con ello habría condenado al olvido las novelas, entre otros escritos) de uno de los creadores más originales, tal vez el más original del siglo, pues lo publicado en vida del autor alcanzaría para desafiar la agudeza de los exégetas.

Dada la abundancia de testimonios autobiográficos conservados gracias a la infidelidad del amigo, era natural que la interpretación psicológica se ofreciera tentadoramente como la más apropiada para proporcionar las claves más confiables, y así, a propósito del *caso Kafka*, han corrido caudales de tinta, pero sin que dejaran de aparecer quienes, invocando al propio Kafka, declarasen que ese es el más incierto de los caminos pese a ser uno de los más transitados. Al respecto dice Hans Mayer:

*“La obra de Kafka ha resistido a toda clase de modas e intentos de interpretación. Hoy ya no nos preguntamos, como se había venido haciendo continuamente, siguiendo el camino trazado por Max Brod, si la obra*

*de Kafka ha de ser entendida exclusivamente desde los dos conceptos teológicos fundamentales de Ley y Gracia. Por lo general, el investigador procura limitarse ahora al texto y obtener una interpretación coherente observando con mayor exactitud la palabra escrita. Si durante mucho tiempo Kafka ha tenido que sufrir los intentos de interpretación psicológica, a los que tan bien parecían prestarse sus relaciones con la familia, las mujeres, la profesión, el judaísmo, la literatura, ahora al observar estos fragmentos, parece que va imponiéndose poco a poco el lema: Fin de la Psicología”.*

Lo cual, como se advierte, no deja de ser un parecer. Es que los intentos de interpretación coinciden por lo general de modo expreso o tácito en un aspecto: Kafka es inasible, porque en su mundo disociado las imágenes son signos que han perdido para siempre el significado, y las eventuales relaciones que puedan establecerse resultan a la postre engañosas y provisionarias. Es en vano inquirir acerca de *su* representación de la realidad, pues lejos de tratar de comprenderla partiendo del supuesto de su unicidad, aspira a desprenderse de ella sin demorarse en buscar una explicación. “...Solo quiero irme de aquí, solamente irme de aquí. Partir siempre, salir de aquí, solo así puedo alcanzar mi meta. –¿Conoces, pues, tu meta?, preguntó él. –Sí, contesté yo. Lo he dicho ya. Salir de aquí: esa es mi meta”. (De “La partida”).

La realidad adquiere pues una dimensión fantástica, pesadillesca. Fragmentada al infinito, agobiante y absurda, no admite tampoco el escape compensatorio del sueño, de la evasión poética. En 1914 Kafka asentaba en su Diario:

*Visto desde la literatura mi destino es muy sencillo. El interés por representar las visiones de mi mundo interior ha relegado todo lo demás a un papel secundario y en*

*cierto modo se está atrofiando horriblemente y no cesa de atrofiarse. No hay nada que pueda ya satisfacerme. Pero mi poder de representación es totalmente imprevisible, acaso se haya extinguido para siempre, tal vez vuelva a darse en mí, pero de ser así las circunstancias de mi vida no le serán favorables. Vacilando así, alcanzo en un vuelo la cumbre de la montaña, donde no puedo permanecer más que un instante. Otros también vacilan, pero allá abajo y con más energía; si amagan caer, los sostiene un semejante que con tal propósito los acompaña. Mas yo vacilo allá arriba. Por desgracia no es esto la muerte, sino el eterno martirio del moribundo”.*

Si es válida la afirmación de que la obra literaria es una forma de conocimiento, en el caso particular de Kafka, por el contrario, supone la renuncia a toda forma y posibilidad de conocimiento. Es el testimonio de un mundo fracturado tanto en lo que tiene que ver con la situación personal del escritor como con la circunstancia histórica en que se inserta su existencia. En la *Carta al Padre* (1919) Kafka escribe que *para él* el mundo ha sido dividido en tres partes: “*una donde yo, el esclavo, vivo bajo el peso de leyes que solo fueron instituidas para mí y a las que yo, por otra parte, no sé por qué no puedo corresponder; luego un mundo, infinitamente alejado del mío, donde tú vives ocupado en regirlo, en impartir órdenes, y enfadado por no ser obedecido y, por último, un tercer mundo donde el resto de la gente vive feliz y libre de preceptos y obediencia*”. En otro pasaje de la carta Kafka atribuye su fractura a razones hereditarias: la tendencia al ascetismo de la madre en contradicción con la vitalidad y sentido realista del padre, a lo que se suman las circunstancias de lugar y tiempo de su venida al mundo. Nació en Praga, capital checa del reino de Bohemia, que a su vez formaba parte

del imperio austro-húngaro. Pero, como observa Heinz Politzer<sup>(\*)</sup>, al no ser ni totalmente judío, ni alemán, ni checo, ni austríaco, él mismo observaba de tiempo en tiempo ora uno, ora otro, los rasgos de su persona como a través de una lupa. Con ello agrandaba aisladamente lo que no era más que un fragmento de su vida, que se quedaría solo en fragmentos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, la primera guerra moderna que conmovió a Europa con medios de destrucción masiva, el europeo asistirá al cuestionamiento de los valores tradicionales cuyo deterioro progresivo no había sido visible antes para la mayoría. La conflagración disipa el optimismo y el espíritu mórbido de la Belle Époque. A pesar de ello hubo intelectuales que confiaban que de la crisis europea habría de surgir una cultura renovada y asentada sobre valores perdurables. ¿Cuál fue la actitud de Kafka en ese sentido? ¿En qué medida lo preocupaban los acontecimientos en los que estaba enteramente comprometida Austria-Hungría, en cuyo territorio se había formado y vivía el doctor Kafka, que trabajaba para una compañía de seguros estrechamente vinculada a la administración imperial? Se ha dicho de Kafka que era un anarquista metafísico, un desarraigado que odiaba todo lo que no se relacionase con la literatura como él mismo expresa en su Diario (julio de 1913), por lo tanto parece no ser de gran utilidad rastrear sus convicciones políticas; antes bien, ello le era bastante indiferente como más adelante le fue indiferente la Revolución Rusa según consigna Gustav Janouch en sus *Conversaciones con Kafka*. En agosto de 1914 Kafka registra escuetamente en su Diario el comienzo de las hostilidades refiriéndose a *la artillería que dispara sobre las trincheras y al rostro ennegrecido y tenso cuyos ojos oscuros miran asombrados y atentos*, pero en la misma

anotación da pruebas de estar más preocupado por su propia persona que por la situación general: *“En lugar de sentirme aliviado, estoy trastornado. Un recipiente vacío, aparentemente entero pero resquebrajado; lleno de mentira, odio y envidia, lleno de incapacidad, estupidéz y torpeza; de pereza, debilidad y, además, sin defensa alguna. Y tengo treinta y un años”*.

Quien de tal manera ahonda las contradicciones de su existencia y experimenta un oscuro deleite en la contemplación minuciosa de sus llagas, difícilmente pueda conmoverse demasiado por los acontecimientos del mundo exterior. Kafka confiesa que su único deseo es escribir y que su vocación es la literatura. Y al fracasar todo intento de hallar un lugar seguro entre los demás, el hecho de escribir se convierte en la única razón de su existencia, pero al mismo tiempo es una actividad que lejos de redimirlo, lo destruye, porque como él mismo expresa, al darse por entero a su vocación, su obsesivo particularismo de escritor excluye el ejercicio de otras aptitudes, y lo aleja de toda alegría de vivir.

El 5 de julio de 1922, dos años antes de su muerte, escribe a su amigo Max:

*“Cuando anoche en la pausa del desvelo en medio de un dormir agitado dejé que todo volviera a fluir y refluir; volví a recordar lo que había olvidado en los últimos tiempos, que fueron bastante apacibles: vivo sobre un terreno incierto, tal vez inexistente, sobre una tiniebla de la que emerge un poder oscuro e inexorable que, lejos de desaparecer ante mi balbuceante conjuro, aniquila mi vida. Escribir me mantiene, pero ¿no sería mejor decir que lo que mantiene es esta manera de vivir? Naturalmente, no quiero decir con ello que mi vida sea más llevadera cuando no escribo; creo más bien que es peor y completamente insoportable y que*

*solo puede conducir a la locura. Claro que solo con la condición de que yo, como es la verdad del caso, aunque no escriba soy escritor; y un escritor que no escribe es por cierto un absurdo que provoca a la locura. ¿Pero qué ocurre con la condición del escritor en sí misma? Escribir es como una dulce y maravillosa recompensa. Mas, ¿para qué? Esta noche lo vi claro, con la claridad de las intuiciones infantiles: es la recompensa por servir al Diablo. Este caer hacia las potencias de las tinieblas, este desencadenamiento de espíritus enlazados por naturaleza, el dudoso aferrarse a algo, y que tenga que suceder allá abajo lo que arriba se ignora cuando se escriben historias a la luz del día: esta es la única manera de escribir que conozco, acaso exista otra. Por la noche, cuando la angustia no me deja dormir, yo solo sé de esta...”.*

Kafka destaca (no denuncia, pues no propone un modelo sustitutivo) lo absurdo de la existencia en un mundo ininteligible, disonante y fragmentado. *Su existencia y su mundo; pues los demás viven dentro de un orden para él inaccesible, como es el caso del viajante Gregorio Samsa, esclavo de horarios y penosas obligaciones, mientras los otros viajeros se dan vida de odaliscas. Y su modo peculiar de escribir, descarnado, con infinidad de giros propios del alemán administrativo y forense, supone una ruptura con las formas tradicionales de expresión literaria, particularmente con el realismo y el naturalismo. Pero no conviene exagerar el alcance de tal ruptura porque, como señala Marthe Robert, *Kafka se relaciona por una característica profunda de su espíritu con la vasta corriente de tendencias que, en la Europa del siglo XIX, desembocan por doquier en una idealización, una divinización del arte y de la literatura.**



Pero la literatura ya no podrá ser lo que fue para el siglo anterior. Para un escritor como Kafka, lo trágico estriba en que lo literario ha perdido su objeto, pues ¿qué sentido puede tener escribir en un mundo sin sentido? Entonces, ¿en qué medida *crea* Kafka en la literatura, su verdadera vocación? No hay duda que para él *el escribir* es lo único que se puede salvar de la catástrofe o, por mejor decir, lo único que puede salvarlo a él momentáneamente de la catástrofe. “...*La existencia del escritor*—expresa al final de la carta arriba mencionada— *depende, en efecto, de la mesa en que escribe y en verdad no debe alejarse nunca de ella si quiere escapar de la locura. Debe aferrarse a ella con uñas y dientes. He aquí la definición del escritor, de este tipo de escritor, y la explicación de su influencia, si es cierto que existe tal influencia: Es el chivo emisario de la humanidad, permite que los hombres gocen inocentemente de un pecado; casi inocentemente*”.

La gran narrativa del siglo XIX parte por lo general de un principio optimista motivado por la incidencia de la filosofía racionalista y el método científico: el de causalidad. Los novelistas del siglo, como Balzac, Stendhal, Dickens, Dostoiewski, Galdós, nos remiten a causas que explican de alguna manera la conducta del personaje y el mundo en que se mueve. El optimismo, independientemente del temperamento de los temas desarrollados y de la cosmovisión del autor, radica en la convicción de que un análisis de la realidad permite allanar una explicación de los porqué en lo social y psicológico. De este modo la obra es una forma de dar a conocer el mundo.

La peculiaridad de los relatos de Kafka estriba precisamente en una postura diferente: considera que al estarle vedada toda revelación, es inútil cualquier

intento de explicación. Cree que escribiendo se salva de la locura, o mejor dicho la posterga. En última instancia, lo que lo salvará de ella será la muerte. Por ello lo que le importa es el acto de escribir, no que la obra perdure, porque la obra concluida ya no tendrá objeto. Escribe como si certificara en cada página su *ser para la muerte*, como si registrara cada pulsación de la enfermedad crónica que lo devora. Escribir es lo que importa, no la *literatura* que genere ese acto temporal y único. No se propone aclarar lo concerniente a la función del escritor ni al objeto de lo literario, y cuando hace referencia a ello, suele expresarse con ambigüedad e ironía como acabamos de ver. Nunca le dio mucha importancia a la teoría literaria, porque jamás fue un teórico.

En la famosa carta que enviara a Max Brod expresándole su última voluntad, escribe Kafka:

*“Posiblemente ya no abandonaré el lecho, pues es bastante probable el agravamiento de mi tuberculosis tras un mes de fiebre pulmonar, de lo cual no podré defenderme escribiendo, aunque esto me dé cierta fuerza.*

*En ese caso he aquí mi última voluntad acerca de mis escritos:*

*Ante todo, de lo que he escrito solo tienen vigencia los libros La Condena, El Fogonero, La Metamorfosis, La Colonia Penitenciaria, El Médico Rural, y el relato El Artista del Hambre. (El par de ejemplares de Contemplación puede quedar, no quiero que nadie se tome la molestia de destruirlos, pero de ninguna manera deben ser reimpresos). Cuando digo que aquellos cinco libros y el relato tienen vigencia, no quiero significar con ello mi deseo de que se reimpriman y se conozcan en los tiempos venideros, por el contrario tienen que olvidarse, ese es mi verdadero deseo. Pero desde el momento*

*en que están ahí, no puedo impedir que alguien quiera conservarlos, si tal es su gusto.*

*Pero todo lo demás que he escrito (lo publicado en revistas, manuscritos y cartas) sin excepción, en la medida en que pueda ser hallado u obtenido de parte de los destinatarios, [...] todo esto, sin excepción, y sin que se lea, debe ser quemado, y lo más pronto posible, te lo ruego”.*

\* \* \*

En los textos de Kafka suelen encontrarse figuras de una zoología extraña que no son privativas de sus obras de ficción como *La metamorfosis*, *El Topo Gigante*, *Reflexiones de un Perro*, *Una Cruza*, etc., pues las hallamos aquí y allá en sus otros escritos como símiles que ilustran determinadas situaciones. Así, en febrero de 1915 expresa en su diario:

*“En cierta etapa del conocimiento de uno mismo y en circunstancias propicias para la observación, puede ocurrir con regularidad que uno se encuentre abominable. La medida de lo bueno –sea cual sea el punto de vista al respecto– tal vez adquirirá una dimensión excesiva y nos hará ver que no se es más que una cueva de ratas de miserables malicias, de la que no quedan excluidos los actos más insignificantes [...] Estos pensamientos maliciosos no tienen que ver eventualmente con un simple interés personal, pues este parecería frente a aquellos como un ideal de lo bueno y lo bello. La inmundicia que allí se encuentre, estará allí por sí misma, y uno tendrá que reconocer que ha venido al mundo impregnado de ella, y con ella, a sabiendas o no, lo abandonará. Ella será el terreno más bajo al que uno llegue; el terreno*

*más bajo no es de lava sino de suciedad. Será el más bajo y también el más alto, y aun las dudas que surjan en medio de la contemplación de uno mismo, serán tan débiles y pagadas de sí como el cerdo que se mece entre miasmas”.*

Y en la *Carta al Padre*, Kafka le reprocha que compare a los seres que le son caros con insectos y se refiera a su relación con ellos recordándole el proverbio del perro y las pulgas (*Quien con perros se acuesta, se levanta con pulgas*).

El animal –cuando no es la figuración de un poder desconocido e inexorable– representaría la situación marginal del sujeto a quien le está vedada la participación en el orden en que viven los demás, y en tal sentido *La metamorfosis* puede aparecer en un primer momento como una alegoría de la alienación. Pero considerar el relato bajo este punto de vista exclusivo no es oportuno pues lo explicaría solo parcialmente, y por lo tanto equivocadamente, pues como afirma Hauser, “*en Kafka la impresión de la trasposición de la realidad ordinaria y empírica a un plano específico procede de la falta de toda interpretación, de toda explicación; de que los hechos son presentados en forma muda, sin comentarios ni glosas. En la forma de representación simbólica, alegórica o parabólica las cosas revisten un sentido más claro o más lleno de relaciones, más profundo o general; en Kafka las cosas carecen incluso del sentido que les es propio en la representación más sencilla, objetiva y directa*”, y agrega más adelante: “*La renuncia a toda interpretación es tanto más sorprendente, cuanto que los acontecimientos y caracteres que describe son en sí singularmente extraños. En realidad son solo, sin embargo, tal y como son descritos, y su singularidad no es en absoluto síntoma de un sentido oculto. Ninguna*

*interpretación podría paliar su carácter extraño, ningún análisis podría sacar a luz la ley que los mueve”.*

*La metamorfosis* por sus características recuerda ciertos motivos de la literatura greco-latina, por ejemplo, el caso de Lucio que se transforma en asno; no quiere decir que la búsqueda de lejanos antecedentes culturales pueda aclararnos algún aspecto de *La metamorfosis*, pero recordemos, de paso, que Kafka ha recreado más de un motivo mitológico, como los de Ulises, Poseidón, Prometeo, aunque poniendo especial énfasis en la ambigüedad en lugar de aceptar el significado convencional de su simbología. El *mito* en la elaboración kafkiana no es explicativo, por el contrario y como dice al final de *Prometeo*, “*la leyenda intenta explicar lo inexplicable. Desde que tiene una base de verdad, debe volver otra vez a lo inexplicable*”. Es que al perderse toda relación entre signo y significado, el signo vale por sí independientemente de cualquier referencia: lo literario se repliega dentro de su ámbito exclusivo y se nutre de sí mismo.

En *La metamorfosis* la mayor parte del relato se desarrolla desde la perspectiva del viajante transformado que no se interroga acerca del porqué de su transformación. Ha emergido así de un dormir agitado, y la verdadera pesadilla comienza al despertar. Kafka describe prolijamente la situación sin aclararla. Es una situación absurda, inexplicable, no menos inexplicable que lo vivido antes de la metamorfosis y evocado como partes disociadas de un ensueño confuso; por ello el detalle insignificante adquiere una dimensión monstruosa al tiempo que lo *importante* se vuelve ridículo. Todo se disgrega al infinito, y el propio Gregorio solo tiene una visión fragmentaria de su nueva condición, es elocuente que en su habitación no haya espejos.

*“Muchos relatos de Kafka comienzan con el despertar del protagonista –observa Politzer– o poco después [...] En El Proceso, Josef K. es apresado en su mismo lecho y citado por un tribunal desconocido, y hasta el agrimensor de El Castillo poco después de su aparición se sumirá en el sueño y volverá a despertar; antes de que emerja el Castillo de un aparente vacío. El sueño no es solo el hermano de la muerte sino también del estado inconsciente anterior al nacimiento. Estas figuras ingresan al mundo que Kafka les ha preparado, saliendo de lo inconsciente y por la puerta del despertar, del nacer de nuevo, como si fuera por primera vez. Pero lo que la espera no es precisamente la realidad”<sup>(\*)</sup>.*

Mas en el caso de *La metamorfosis* los recuerdos anteriores al sueño del que Gregorio sale transformado en insecto juegan un papel de importancia pues corroboran el vacío de su vida sentimental. No hay recuerdo al que pueda aferrarse para aliviar en algo su soledad como se aferra al cuadrado cuyo marco talló en apacibles veladas, y a los muebles, mudas presencias que impiden que olvide por completo su condición humana. Y en medio de la atmósfera opresiva en que lo cotidiano se ha transformado a su vez en algo extraño y terrible, Gregorio, que no comprende, que no intenta comprender, siente también que no puede ser comprendido por los de la casa porque su abominable transformación repele toda necesidad de comprensión.

Por eso solo su desaparición puede hacer que los demás vuelvan a encontrarse seguros dentro del orden que él ha alterado, y mientras tanto siente las pulsaciones del tiempo que transcurre no ya vertiginoso como al principio, cuando, aunque ya transformado se desesperaba por llegar en hora a la estación, sino un tiempo de ritmo pausado, que parece tener consistencia material.

Precisamente, en el comienzo del relato lo paradójico del viajante que a pesar de estar transformado en insecto sigue atado al horario y se da prisa por salir de la cama, señala una de las características más notables del estilo de Kafka, pues la paradoja se da tanto en las situaciones que viven los personajes en medio de lo absurdo, como en el manejo del lenguaje mismo, lo que da lugar a que se manifieste un sentido del humor que no puede soslayarse y que los comentaristas a menudo pasan por alto. Ese humor negro –humor gris, si se quiere– es una de las supremas paradojas de Kafka y resulta de las tribulaciones que padecen sus personajes en un mundo de confusiones y desencuentros.

*Héctor Galmés*  
[1975]





## Cuadro Cronológico

1883 3 de julio,	Franz Kafka nace en Praga. Hijo de Hermann Kafka y Julia Löwy.
1889-1893	Concurre a la escuela del barrio del Mercado de la Carne.
1893-1901	Estudios secundarios en el Liceo Alemán.
1901	Comienza sus estudios jurídicos en la Universidad Alemana de Praga.
1902	Pasa parte del verano en Triesch con su tío materno Siegfried Löwy, médico rural. Conoce a Max Brod.
1906 Junio	se doctora en Derecho. Desde octubre hasta setiembre de 1907, en el Tribunal Penal y luego en el Civil de la ciudad de Praga. Hacia esta época escribe <i>Descripción de una lucha</i> y <i>Preparativos para la boda en el campo</i> , y otras obras de juventud que se han perdido.
1907	Ingresa a la compañía de seguros Assicurazioni Generali.
1908	Pasa a la Compañía de Seguros por Accidentes de Trabajo, donde permanecerá hasta 1922.
1910	Comienza a escribir sus <i>Diarios</i> . Octubre: en París con Max Brod. Diciembre: en Berlín.
1911	Enero y febrero: viaja por asuntos de trabajo a Friedland y Reichenberg. En

- verano: Zürich, Lugano, Milán y París (con Max Brod). Después, en el sanatorio de Erlenbach (Zürich). *Diarios de viaje*.
- 1912 Comienza a escribir la novela *El desaparecido (América)*. En verano, en Weimar con Max Brod. Luego, solo, en el sanatorio de Jungborn en el Harz. El 13 de agosto conoce en casa de M. Brod a Felice Bauer. Escribe *La condena* y *La metamorfosis*. Publica *Contemplación*.
- 1913 Escribe *El fogonero*.
- 1914 Fines de mayo, compromiso con Felice Bauer. Julio, ruptura del compromiso. En verano, viaja a Hellerau, Lübeck, Marienlyst. Julio-agosto: comienza la Primera Guerra Mundial. Escribe *En la colonia penitenciaria* y trabaja en *El proceso*.
- 1915 Reencuentro con Felice Bauer. Continúa trabajando en *El proceso*. Viaja a Hungría con su hermana Elli.
- 1916 Con Felice Bauer en Marienbad. Publicación de *La condena* y *La metamorfosis*. En noviembre, lectura de *En la colonia penitenciaria* en Munich.
- 1917 En julio, nuevo compromiso con Felice Bauer. En setiembre le diagnostican tuberculosis. Nueva ruptura del compromiso con Felice, en diciembre.
- 1918 En Zürau en casa de su hermana Ottla. Estudia las obras de Kierkegaard. Viaja

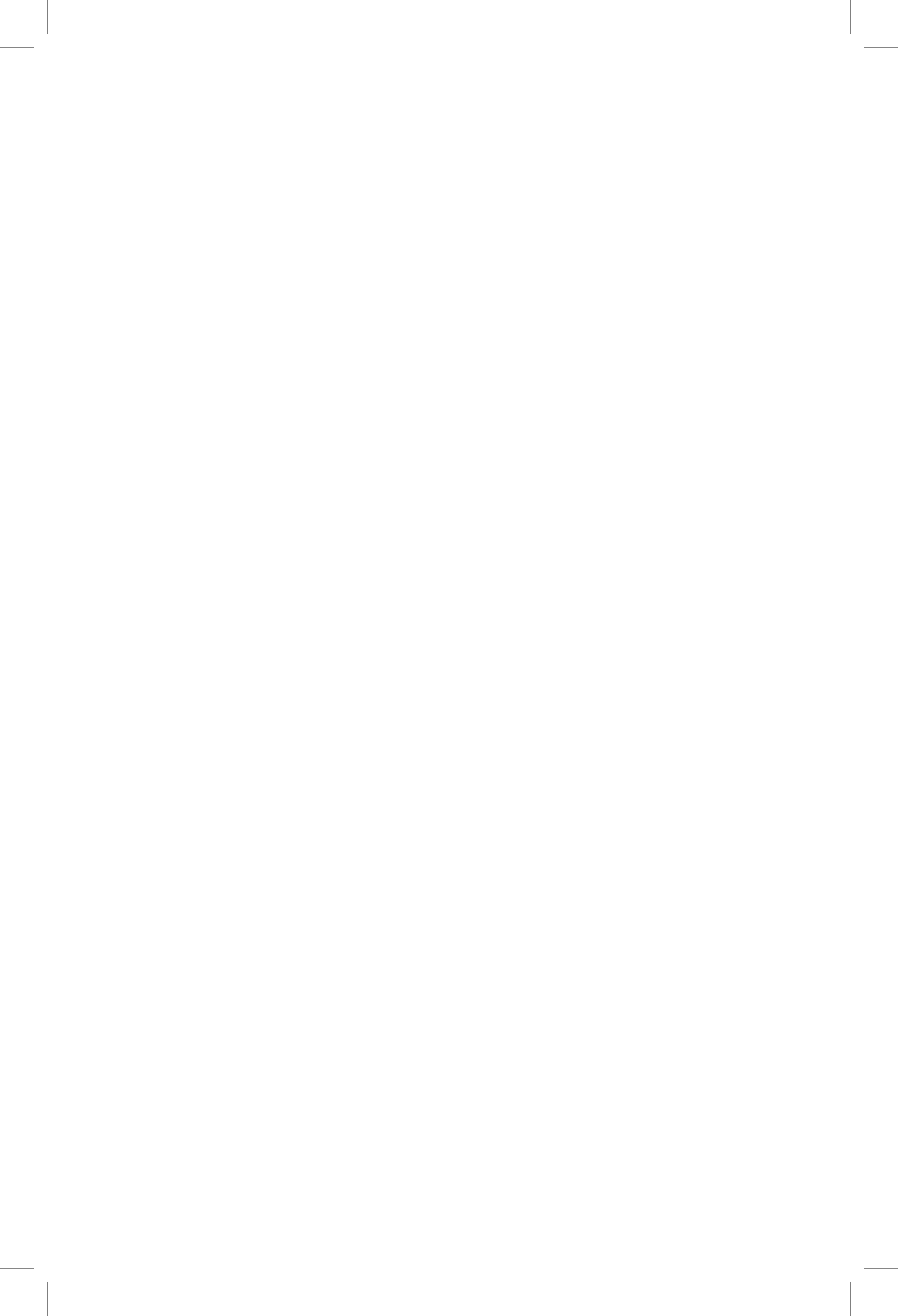
- a Turnau y Schelesen. Conoce a Julie Wohryzek.
- 1919 Se publican *Un médico rural* y *En la colonia penitenciaria*. En el verano se compromete con Julie Wohryzek, en Praga. En invierno vuelve a Schlesen con Max Brod. Escribe *Carta al padre*.
- 1920 Licencia por enfermedad. Conoce a Milena Jesenská. Verano y otoño en Praga. Diciembre, en Matliary.
- 1921 En setiembre, vuelve a Praga.
- 1922 En mayo habla por última vez con Milena. Al jubilarse, deja su cargo en la Compañía de Seguros. Junio-setiembre: en Planá con su hermana Otla. Trabaja en *El castillo*.
- 1923 Julio, en Müritz. Conoce a Dora Diamant. Desde fines de setiembre, con Dora en Berlín. Escribe *La construcción de la muralla china*, *Josefina* y *Una mujer pequeña*. Entrega a la imprenta *Un artista del hambre*.
- 1924 En marzo se traslada a Praga. En abril es internado en sanatorios de Viena. Lo acompaña Dora Diamant. Muere el 3 de junio. Es inhumado en Praga.  
Publicación de *Un artista del hambre*.

Obras publicadas después de la muerte del autor (primeras ediciones): *El proceso*, novela. Berlín, 1925. *El castillo*, novela. München, 1926. *América*, novela. München, 1927. *La construcción de la muralla china y otros escritos*. Berlín, 1931. *Ante la ley*. Berlín, 1934.

Narraciones, Cartas, Diarios y escritos varios se publicaron por primera vez en ediciones bajo el cuidado de Max Brod y Heinz Politzer, cuya prolija enumeración y datos bibliográficos obviaremos, pues no es este un trabajo de erudición sino de información. Un volumen conteniendo diarios y cartas aparece en Praga en 1937. Es el tomo VI de las *Obras* de Kafka que en 1935 comenzaron a ser publicadas por la editorial Schocken de Berlín. Pero, a partir de este año y hasta después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, no fue posible editarlas en Alemania a causa de la política “cultural” bajo el III Reich. *Los Diarios* (1910-1923), *Cartas a Milena* y *Cartas* (1902-24) aparecen publicados más tarde por Max Brod en la editorial S. Fischer de Frankfurt am Main, entre 1951 y 1958.

# LA METAMORFOSIS

Traducción de Héctor Galmés



## I

Al despertar Gregorio Samsa una mañana, después de un sueño agitado, se encontró en su cama transformado en monstruoso insecto. Yacía sobre el duro caparazón de su espalda y, al levantar un poco la cabeza, vio su vientre pardo y combado, dividido por anillos rígidos, que apenas podía aguantar sobre sí la colcha que estaba a punto de resbalar hasta el piso. Sus numerosas patas, de una delgadez lamentable en comparación con el grosor habitual de sus piernas, se agitaban desamparadas ante sus ojos.

“¿Qué me ha sucedido?” –pensó–. No era un sueño. Su habitación, una habitación de verdad, acaso un poco demasiado pequeña, con sus cuatro paredes archiconocidas, no presentaba alteración alguna. Encima de la mesa, sobre la cual se hallaba esparcido un muestrario de paños –Samsa era viajante–, colgaba la estampa que él había recortado hacía poco de una revista ilustrada y encuadrado en un bonito marco dorado. Representaba una dama que lucía un gorro y una boa de pieles y estaba sentada muy erguida, alzando contra el espectador un pesado manguito, también de piel, dentro del cual desaparecía todo su antebrazo.

La mirada de Gregorio se dirigió después hacia la ventana, y el tiempo nublado –se oían repiquetear gotas de lluvia en el cinc del alféizar– lo puso completamente melancólico. “¿Qué pasaría –pensó– si durmiese aún

otro poco y me olvidara de estas extravagancias?”. Pero esto era del todo irrealizable pues estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho, y en su situación actual no podía adoptar esta postura. Por más que se esforzara en mantenerse sobre ese lado, al balancearse volvía a caer de espaldas. Mil veces trató de repetir la operación. Cerró los ojos para no tener que ver aquella agitación de patas, y cejó en su empeño cuando empezó a sentir en el costado un dolor ligero y sordo, imperceptible hasta entonces.

“¡Ay Dios! –pensó–. ¡Qué fatigosa profesión no he elegido! Uno y otro día de viaje. La agitación de los negocios es mucho mayor cuando se trabaja fuera que cuando se trabaja en la misma casa, y además esta plaga de viajes que me ha sido impuesta, más la preocupación por las combinaciones de los trenes, la comida mala e irregular; las relaciones humanas, siempre cambiando, que nada duran y jamás llegan a ser cordiales. ¡Que todo se vaya al demonio!”. Sintió una ligera comezón sobre el vientre y lentamente se deslizó de espaldas, hacia la cabecera, para poder alzar mejor la cabeza. Descubrió el lugar del escozor; estaba cubierto de puntitos blancos muy nítidos que no sabía a qué atribuir, y al querer rascarse con una de las patas, hubo de retirarla inmediatamente pues el roce le producía escalofríos.

Se escurrió hasta volver a la posición anterior. “Estos madrugones –pensó– lo vuelven a uno completamente estúpido. El hombre tiene que dormir lo suficiente. Hay viajantes que viven como odaliscas. Cuando yo, por ejemplo, regreso a media mañana a la posada para anotar los pedidos, esos señores recién toman su desayuno. Si yo, con el jefe que tengo, quisiera hacer lo mismo, me echarían a la calle de inmediato. Quién sabe si esto no sería lo mejor para mí. Si no fuera por mis padres, hace



rato ya que me habría marchado. Me hubiera presentado ante el jefe para decirle sinceramente lo que pienso. ¡Se cae del pupitre! Es muy particular en él eso de sentarse sobre el pupitre y, desde allí arriba, hablar con los empleados, quienes, además, deben acercársele mucho porque es más sordo que una tapia. Ahora bien, la esperanza no está del todo perdida. Apenas reúna suficiente dinero como para pagar la deuda que con él tienen mis padres –esto será para dentro de cinco o seis años–, entonces me saldré con la mía. Pero ahora no tengo más remedio que levantarme pues el tren sale a las cinco”.

Miró el despertador que hacía tic-tac encima del baúl. “¡Santo Dios!” –se dijo–. Eran las seis y media y las agujas avanzaban tranquilamente. Era más tarde aún, casi las menos cuarto. ¿Acaso la campanilla no había sonado esta vez? Podía verse desde la cama que, efectivamente, estaba puesto a las cuatro. Había sonado, sin duda; ¿y era acaso posible haber seguido durmiendo con ese ruido que hacía temblar los muebles? En verdad, su sueño había sido intranquilo y tal vez, por lo mismo, más profundo. Y ahora, ¿qué podía hacer? El próximo tren salía a las siete; para alcanzarlo había que darse una prisa loca y el muestrario no estaba empaquetado aún. Además, él mismo no se sentía en absoluto ágil y despejado. Y en caso de alcanzar el tren, no podría evitar la tormenta que desencadenaría el jefe, pues el dependiente de la firma –hechura del amo, sin carácter ni inteligencia– lo habría esperado en el tren de las cinco y ya debía de haber dado cuenta de su falta. ¿Qué pasaría si diera parte de enfermo? Pero esto resultaría tan molesto como sospechoso, pues Gregorio, en cinco años de trabajo, no se había enfermado ni una sola vez. Por cierto, vendría el jefe con el médico del seguro de enfermedad, les reprocharía a los padres el tener un hijo

tan haragán e impediría sus réplicas apoyándose en la opinión del médico según el cual solo hay hombres completamente sanos y perezosos. ¿Y no tendría razón en este caso? Aparte de la excesiva somnolencia, lo que era natural después de un sueño prolongado, Gregorio se sentía perfectamente bien y hasta con un hambre particularmente vigorosa. Mientras pensaba en todo esto con gran apremio sin poder decidirse a abandonar el lecho, y justo cuando el despertador daba las siete menos cuarto, llamaron nuevamente a la puerta que estaba junto a la cabecera de su cama.

—Gregorio —gritaron (era la madre)—, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a viajar?

¡Qué voz tan dulce! Gregorio se espantó al oír su propia voz que respondía. Sin duda era la suya, pero mezclada con un irreprímible y doloroso pitido que le nacía de lo hondo y permitía que las palabras fueran claras al principio para destrozarlas después entre tales resonancias, que no se estaba seguro de haberlas oído. Gregorio hubiese querido contestar prolijamente y explicarlo todo, pero, vistas las circunstancias, se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

A través de la puerta de madera no se notó, seguramente, el cambio en la voz de Gregorio, pues la madre se tranquilizó con esa respuesta y se retiró. Pero gracias a esta breve conversación los demás miembros de la familia se dieron cuenta de que Gregorio, contrariamente a lo que se creía, estaba todavía en la casa; y ya acudió el padre a golpear suavemente con el puño una hoja de la puerta.

—Gregorio, Gregorio —llamó—, ¿qué sucede?—. Y luego de esperar un breve momento insistió con voz más grave:

—Gregorio, Gregorio.

Junto a la otra hoja la hermana se lamentaba quedamente:

—Gregorio, ¿no te sientes bien? ¿Necesitas algo?

Gregorio, esforzándose por hablar pausada y cuidadosamente de manera que su voz no llamara la atención, les contestó a ambos:

—Ya estoy pronto.

El padre volvió a su desayuno, pero la hermana insistió, susurrando:

—Gregorio, abre, te lo ruego.

Pero Gregorio no pensaba de ningún modo abrir la puerta, sino que se alegraba de la precaución que había adquirido en sus viajes: encerrarse en su cuarto aunque estuviera en su casa.

Antes que nada quería levantarse tranquilamente sin ser molestado y, sobre todo, desayunar. Recién entonces era posible pensar en lo demás, pues bien sabía él que las reflexiones en la cama no lo llevarían a conclusiones razonables. Recordaba que, estando en ella, había sentido con frecuencia un ligero dolor producido acaso por una mala postura y que después, al levantarse, resultaba ser pura imaginación. Tenía curiosidad por ver cómo se desvanecerían, poco a poco, las imaginaciones de hoy. No dudaba lo más mínimo de que el cambio de la voz era solo el síntoma de un fuerte resfriado, enfermedad profesional de los viajantes. Arrojar la colcha era sumamente sencillo. Solo necesitaba inflarse un poco para que cayera por sí misma; pero la dificultad consistía en que su cuerpo se había vuelto extraordinariamente ancho. Para incorporarse le hubieran bastado sus brazos y sus piernas, pero en lugar de estas tenía ahora innumerables patitas que se agitaban sin cesar con los movimientos más variados que, por lo demás, él no podía controlar. Si él quería encoger una, era esa la primera que se estiraba,

y cuando finalmente lograba hacer con ella lo que quería, las otras se movían libremente con tremenda y dolorosa excitación. “No es posible demorarse en la cama como un inútil” –se dijo Gregorio.

Primeramente trató de sacar del lecho la parte inferior de su cuerpo, pero esta, que él no había visto aún y de la cual no tenía una idea exacta, resultó demasiado difícil de mover, por lo cual la operación fue muy lenta. Y cuando al fin, exasperado, concentró todas sus fuerzas sin consideración alguna y se lanzó hacia delante eligiendo equivocadamente la dirección, se dio un golpe tremendo contra los pies de la cama, y el intenso dolor le advirtió que precisamente esa parte inferior de su cuerpo era la más sensible, al menos por el momento.

De ahí que tratara de abandonar el lecho primero con su parte superior, volviendo la cabeza hacia el borde. Lo consiguió fácilmente, y a pesar de su anchura y peso, el resto del cuerpo siguió al fin, aunque muy despacio, el movimiento giratorio de la cabeza. Pero cuando esta quedó fuera del lecho suspendida en el aire, tuvo miedo de seguir adelante, pues si se dejaba caer así solo un milagro podía impedir que no se lastimara la cabeza; y por nada del mundo debía perder el conocimiento precisamente ahora. En ese caso era preferible permanecer en la cama.

Mas cuando luego de esfuerzos similares volvió jadeante a su posición anterior y vio nuevamente sus patitas que se agitaban unas contra otras tal vez con más excitación que antes, sin que fuera posible poner orden y sosiego a sus movimientos caprichosos, tornó a pensar que no podría permanecer acostado y que lo más razonable sería sacrificarlo todo aunque existiera solo una ínfima esperanza de librarse de la cama. Al mismo tiempo no dejaba de recordar que mejor que tomar decisiones desesperadas era reflexionar muy serenamente.

Al punto hizo un esfuerzo y sus ojos miraron la ventana de hito en hito, pero, desgraciadamente, la niebla matinal que ocultaba el lado opuesto de la calle no podía infundirle mucha alegría ni esperanza. “Ya son las siete” —se dijo al oír nuevamente el despertador—, “ya son las siete y todavía no se ha disipado la niebla”. Y permaneció unos instantes inmóvil, respirando lentamente, como si esperase, en esa completa calma, retornar a las circunstancias verdaderas y triviales.

Pero después pensó: “Antes de que den las siete y cuarto debo abandonar la cama cueste lo que cueste. Es seguro que entonces vendrá alguien de la tienda y preguntará por mí, pues el negocio abre antes de las siete”. Y entonces se dispuso a dejar el lecho balanceando el cuerpo en toda su longitud. Si se dejaba caer de ese modo era probable que la cabeza resultara ilesa pues cuidaría de mantenerla erguida. La espalda parecía ser lo suficientemente resistente y nada le pasaría al golpearse contra la alfombra. Su mayor preocupación era el estruendo inevitable que habría de producir y que despertaría al otro lado de cada una de las puertas si no sobresaltos, al menos temores. Sin embargo había que arriesgarse. Gregorio ya tenía medio cuerpo fuera de la cama (el nuevo método era más un juego que un esfuerzo pues tan solo era necesario seguir balanceándose hacia atrás), cuando se le ocurrió que todo sería más sencillo si alguien acudiese en su ayuda. Bastarían dos personas robustas (pensaba en su padre y en la mucama); solo tendrían que pasar sus brazos por debajo de su lomo convexo, sacarlo de entre las cobijas, agacharse con la carga y, una vez puesto sobre el suelo, deberían limitarse a sufrir con paciencia que desplegara toda su energía, de modo que era de esperar que las patitas demostraran su razón de ser. Ahora bien, prescindiendo de que las

puertas estaban cerradas, ¿debería realmente pedir ayuda? Pese a la situación apremiante en que se hallaba no pudo evitar una sonrisa.

Había avanzado tanto en su balanceo que si lo hacía un poco más fuerte apenas lograría mantenerse en equilibrio, y no podía postergar por más tiempo una decisión, pues faltaban solamente cinco minutos para las siete y cuarto... y he aquí que llaman a la puerta de entrada. “Es alguien que viene de la tienda”, se dijo, expectante, mientras sus patitas continuaban su frenética danza. Hubo un momento de profundo silencio. “No abren”, pensó, abrigando quién sabe qué descabellada esperanza. Pero, como de costumbre, se sintió el paso firme de la sirvienta que se dirigió a la puerta y abrió. Gregorio solo necesitó oír la primera palabra del visitante al saludar, para saber de quién se trataba: el encargado en persona. ¿Por qué Gregorio estaba condenado a trabajar en una firma en la cual la más mínima falta despertaba rápidamente la mayor sospecha? ¿Acaso eran los empleados, en general y en particular, unos canallas? ¿No había, pues, entre ellos ningún hombre leal y cumplidor que alguna vez se sintiera sin fuerzas para dejar la cama, loco de remordimiento por tener que desperdiciar apenas un par de horas en la mañana? ¿Es que no bastaba con mandar a un auxiliar para que averiguara lo ocurrido, si esto era realmente ineludible? ¿Debía venir el encargado en persona, y era necesario que con su presencia se le hiciera saber a toda una inocente familia que la investigación de este sospechoso asunto solo podía confiarse al juicio de una persona de su jerarquía? Y más que por un verdadero acto de voluntad, fue como consecuencia de la excitación que le causaron tales cavilaciones que Gregorio se arrojó del lecho con todas sus fuerzas, produciéndose así un fuerte ruido que no llegó, sin embargo, a ser estruendo. La caída

fue amortiguada un poco por la alfombra, y también la espalda era más elástica de lo que Gregorio presumiera, por lo cual no se produjo el esperado estrépito; solo que al no haber tenido la precaución de mantener la cabeza suficientemente erguida, se la golpeó. De dolor y rabia, la restregó con fuerza contra la alfombra.

—Ahí dentro ha caído algo —dijo el encargado en la habitación contigua de la izquierda. Gregorio trató de imaginar que algún día también al encargado podría sucederle algo semejante a lo que hoy a él, posibilidad muy admisible, por cierto. Pero como respuesta brutal a esta suposición, el encargado dio algunos pasos enérgicos en la habitación contigua, haciendo crujir sus botas de charol. En el cuarto de la derecha murmuró la hermana, para que Gregorio se enterara:

—Gregorio, está el encargado.

—Ya lo sé —dijo para sí Gregorio; pero no se atrevió a alzar la voz de modo que su hermana pudiese oírlo.

—Gregorio —dijo entonces el padre desde la habitación de la izquierda— ha llegado el señor encargado y desea saber por qué no te has marchado en el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar contigo personalmente. Abre la puerta, pues; te lo ruego. Él tendrá la amabilidad de disculpar el desorden del cuarto.

—Buenos días, señor Samsa —terció el encargado amablemente.

—No se siente bien —dijo la madre mientras el padre continuaba hablando junto a la puerta—; créame, señor encargado, no se siente bien. ¿Cómo, si no, iba Gregorio a perder el tren? El muchacho no tiene en la cabeza otra cosa que la tienda. Y hasta ya casi me fastidia que nunca salga de noche. Ahora, por ejemplo, hace ocho días que está en la ciudad; pero de noche, siempre en casa. Se sienta con nosotros a la mesa y lee tranquilamente el

diario o estudia itinerarios. Su única distracción consiste en realizar trabajos en madera. Por ejemplo, en dos o tres veladas ha tallado un marquito. Usted se asombrará cuando vea cuán precioso es. Está colgado en el cuarto y lo verá usted tan pronto como Gregorio abra la puerta. Por otra parte me alegra muchísimo el que usted esté aquí, señor encargado, pues nosotros solos no hubiéramos podido hacer que Gregorio abra la puerta; ¡es tan terco! Seguramente no se siente bien, aunque más temprano haya mentido afirmando lo contrario.

—Voy enseguida —dijo Gregorio con lentitud y circunspección, y sin moverse para no perder palabra de la conversación.

—De otro modo, señora mía, no podría explicármelo —dijo el encargado—. Es de esperar que no sea nada serio. Por otra parte, debo decir que nosotros los comerciantes —por fortuna o por desgracia, como se quiera— muy a menudo debemos superar ligeras indisposiciones anteponiendo el interés comercial.

—Bueno, ¿puede entrar ya el señor encargado? —preguntó el padre, impaciente, golpeando de nuevo a la puerta.

—No —respondió Gregorio.

En el cuarto contiguo de la izquierda se hizo un penoso silencio, y en el de la derecha comenzó a sollozar la hermana.

Pero, ¿por qué no iba esta a reunirse con los demás? Quizá porque recién se había levantado y aún no había comenzado a vestirse. Entonces, ¿por qué lloraba? ¿Acaso porque Gregorio no se levantaba y no dejaba entrar al encargado? ¿Porque aquel corría peligro de perder su puesto? ¿Tal vez porque el jefe volvería a perseguir a sus padres a causa de viejas deudas? Pero estas eran preocupaciones inútiles. Gregorio estaba aún allí y no



tenía la menor intención de abandonar a su familia. Por el momento, yacía sobre la alfombra, y nadie que conociera su situación hubiera podido exigirle seriamente que dejara entrar al encargado. Seguramente, Gregorio no iba a ser despedido sin más trámite a causa de esta pequeña descortesía, para la cual habría encontrado más tarde una excusa satisfactoria. Por de pronto, a Gregorio le pareció que sería más razonable dejarlo en paz en lugar de molestarlo con llantos y súplicas. Pero era precisamente la incertidumbre lo que apremiaba a los otros, disculpando su conducta.

—Señor Samsa —dijo entonces el encargado alzando la voz—, ¿qué es lo que ocurre? Se ha atrincherado usted en su habitación, contesta solo con un sí o un no, le ocasiona a sus padres preocupaciones inútiles y penosas y, dicho sea de paso, falta a sus obligaciones de un modo verdaderamente inaudito. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe y exijo de usted una explicación clara e inmediata. Me asombro, me asombro. Yo lo tenía por una persona tranquila y razonable, y ahora parece que usted, de buenas a primeras, quiere hacer alarde de extraños caprichos. A decir verdad, hoy temprano el jefe me insinuó una posible explicación de su negligencia: se refería al cobro de dinero que se le confió a usted recientemente, mas créame que estuve a punto de jurar por mi honor que tal explicación no era justa. Pero ahora, viendo su incomprensible terquedad, pierdo por completo las ganas de interceder por usted. Su posición no es, por cierto, la más segura. Al principio tuve la intención de decírselo todo en forma personal, pero como usted me hace perder el tiempo, no veo por qué sus padres no habrían de enterarse. Últimamente su rendimiento en el trabajo ha dejado mucho que desear; es muy cierto que la época no es la más propicia para

los negocios, lo reconocemos, pero, señor Samsa, no existe época en que los negocios sean absolutamente imposibles, no debe haberla.

—Pero señor encargado —exclamó Gregorio fuera de sí, olvidándose en su excitación de todo lo demás—, abro de inmediato, sin demora. Una ligera indisposición, un mareo, ha impedido que me levantara. Todavía estoy acostado. Ya me levanto. ¡Solo un minuto de paciencia! Aún no estoy tan bien como creía, pero ya estoy mejor. ¡Cómo pueden pasarle a uno estas cosas! ¡Ayer por la tarde me sentía tan bien! Mis padres lo saben; mejor dicho, ayer por la tarde tuve un ligero presentimiento. Tendría que haberse notado. ¡Por qué no habré avisado a la tienda! Pero, justamente, uno cree siempre que podrá superar la enfermedad sin necesidad de quedarse en casa. Señor encargado, tenga consideración con mis padres. No hay razón para que ahora me haga usted tantos reproches; nunca me había dicho semejantes cosas. Posiblemente usted no le ha echado un vistazo a los últimos pedidos que he remitido. Por otra parte, todavía estoy a tiempo de viajar en el tren de las ocho, pues este par de horas de descanso me ha dado fuerzas. No se detenga usted por más tiempo, señor encargado; yo mismo estaré enseguida en el negocio. Y tenga usted la bondad de explicarle esto al jefe y preséntele mis respetos.

Y mientras Gregorio profería todas estas palabras atropelladamente sin saber casi lo que decía, se había aproximado al baúl, casi sin dificultad, gracias a la agilidad que ya había adquirido en la cama. En realidad deseaba abrir la puerta, dejarse ver, y hablar con el encargado; estaba ansioso por saber qué dirían al verlo quienes ahora tanto reclamaban su presencia. En caso de que se espantaran, Gregorio quedaría libre de responsabilidad y se sentiría aliviado. Pero si lo soportaban con paciencia,

tampoco tendría por qué excitarse y de hecho podría estar a las ocho en la estación, si se daba prisa. Al principio resbalaba una y otra vez por la lisura del baúl, pero al fin, con un último impulso, logró mantenerse erguido. No hacía caso ya de los dolores del abdomen, aunque el escozor era enorme. Se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se aferró fuertemente con sus patitas. Con ello recuperó el dominio de sí mismo y se mantuvo callado para escuchar al encargado.

—¿Han entendido ustedes una sola palabra? —preguntó este a los padres—. ¿No estará acaso haciéndose el loco?

—¡Por Dios! —exclamó la madre rompiendo en llanto—. Probablemente está muy enfermo y no hacemos más que mortificarlo. ¡Grete! ¡Grete! —llamó enseguida.

¿Qué madre? —gritó la hermana desde el otro extremo. Se entendían a través de la habitación de Gregorio.

—Debes ir enseguida por el médico. Gregorio está enfermo. Rápido, al médico. ¿Has oído cómo habla ahora Gregorio?

—Era un ruido animal —dijo el encargado en voz notablemente más baja comparada con los gritos de la madre.

—¡Ana! ¡Ana! —gritó el padre dirigiendo su voz hacia la cocina a través del recibidor y golpeando las manos—. ¡Pronto, traiga un cerrajero!

Y ya corrían las dos muchachas. Cruzaron el recibidor con rumor de faldas —¿cómo la hermana se había vestido tan de prisa?— y abrieron bruscamente la puerta principal, pero no se oyó que la cerraran; sin duda la habían dejado abierta como suele suceder en casas donde ha ocurrido una gran desgracia.

Pero Gregorio se hallaba ahora mucho más tranquilo. Es cierto que no se entendían sus palabras, aunque a él le parecían bastante claras, más claras que antes, posible-

mente a causa del acostumbramiento del oído. El caso era que ya se habían convencido de que algo anormal le sucedía y estaban dispuestos a ayudarlo. La firmeza y seguridad con que se habían tomado las primeras disposiciones le hicieron bien. Nuevamente se sintió integrado a los humanos y esperaba tanto del médico como del cerrajero, sin distinción, resultados sorprendentes y grandiosos. Para que su voz fuera lo más clara posible, pues se avecinaban conversaciones decisivas, carraspeó un poco esforzándose por amortiguar el ruido, porque tal vez resultara algo muy distinto a una tos humana, lo que él mismo no se atrevió a asegurar. Mientras tanto, en la habitación contigua se había hecho un profundo silencio. Quizá los padres y el encargado estaban sentados a la mesa y cuchicheaban. Quizá todos estaban escuchando con el oído pegado a la puerta.

Gregorio se movió lentamente hacia ella, empujando la silla, la que abandonó al llegar. Se arrojó contra la puerta y se mantuvo erguido –los tarsos de sus patitas segregaban cierta sustancia pegajosa–, descansando un minuto a causa de la fatiga. Luego, con la boca, trató de hacer girar la llave en la cerradura. Por desgracia, parecía que no tenía nada parecido a dientes; ¿con qué sostendría entonces la llave? Pero sus mandíbulas eran por cierto muy fuertes, y ayudándose con ellas pudo poner la llave en movimiento, sin darse cuenta de que inevitablemente se lastimaba, pues un líquido oscuro salía de su boca y, escurriéndose por la llave, goteaba sobre el piso.

–Escuchen –dijo el encargado en la pieza contigua–; hace girar la llave.

Esto infundió mucho ánimo en Gregorio. Pero todos (también el padre y la madre) tendrían que haberlo alentado: “¡Adelante, Gregorio”, debieron gritar, “siempre adelante! ¡Firme con la cerradura!”. E imaginando que

todos seguían sus esfuerzos con impaciencia, mordió la llave con tanta fuerza que estuvo a punto de desmayarse; y, sosteniéndose solo con la boca, se columpiaba conforme a los giros progresivos de la llave, ya colgado de ella, ya moviéndola hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. Al ceder la cerradura, el sonido metálico despabiló a Gregorio que, respirando con alivio, se dijo: “Bueno, no tuve necesidad de cerrajero”, y apoyó la cabeza en el picaporte para terminar de abrir.

Al hacerlo de esa manera, aunque la puerta se abrió de golpe, a él no lo veían aún. Primero debió volverse lentamente para no desplomarse de espaldas a la entrada misma del cuarto. Estaba ocupado aún en tan difícil movimiento, y sin tiempo para pensar en otra cosa, cuando oyó que el encargado exhalaba un “¡oh!” (sonó como el silbar del viento), y como era el que estaba más próximo a la puerta, ahora lo veía taparse la boca con la mano y retroceder lentamente como si una fuerza invisible lo empujara sin interrupción. La madre, que pese a la presencia del encargado tenían aún el cabello suelto y enmarañado como al saltar de la cama, juntando las manos, miró primero al padre y después avanzó dos pasos hacia Gregorio, para desplomarse en medio de las faldas desplegadas, el rostro hundido en el pecho. Con expresión hostil el padre cerró el puño, como si quisiera obligar a Gregorio a retroceder al interior del cuarto; luego dirigió una mirada insegura hacia el recibidor y rompió a llorar con un llanto que sacudía su robusto pecho.

Gregorio no entró, pues, en la habitación, sino que, permaneciendo en el interior de su cuarto se apoyaba en la hoja cerrada de la puerta, de modo que solo era visible la mitad de su cuerpo con la cabeza que, inclinada a un lado, espiaba a los otros. Entre tanto la claridad del día había ido en aumento; al otro lado de la calle se recor-

taba nítidamente un fragmento del negruzco e infinito edificio de enfrente: un hospital; la uniformidad de su fachada era rota únicamente por la austera simetría de las ventanas. Llovía aún, pero solo se veían caer goterones aislados. Sobre la mesa estaba dispuesta la vajilla para un abundante desayuno, pues para el padre esta era la comida más importante de la jornada y la prolongaba con la lectura de diversos periódicos. En la pared opuesta colgaba una fotografía de Gregorio de la época de su servicio militar. Representaba al teniente que, con la mano en la empuñadura de la espada, sonreía despreocupado y como exigiendo respeto para su actitud y su uniforme. La puerta que daba al recibidor estaba abierta, y también lo estaba la principal, por lo que se veía el rellano y la escalera que descendía.

—Bueno —dijo Gregorio muy consciente de ser el único en conservar la calma—, me visto de inmediato, empaqueto el muestrario y me marcho. ¿Me dejarán partir, verdad? Ahora bien, señor encargado, ve usted que no soy testarudo y que trabajo de buena gana. Viajar es cansador, pero yo no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor encargado? ¿A la tienda? ¿Sí? ¿Lo contará todo conforme a la verdad de los hechos? En algún momento uno puede sentirse incapaz para el trabajo, pero es precisamente entonces cuando uno recuerda los méritos anteriores y considera que, después de superar los obstáculos, trabajará sin duda con mayor diligencia y dedicación. Bien sabe usted cuán obligado le estoy al señor jefe. Por otra parte, tengo que cuidar de mis padres y hermana. Sé que estoy en apuros, pero lograré salir del paso nuevamente. No haga usted mi situación más difícil de lo que ya es. En la tienda, póngase usted de mi parte. No quieren a los viajantes, lo sé; piensan que ganan un dineral y que además se dan la gran vida. Justamente,

no tienen ocasión de rever semejante prejuicio. Pero usted, señor encargado, tiene mejor conocimiento de las circunstancias que el resto del personal, y, dicho sea en confianza, los conoce mejor que el propio jefe, quien, en su calidad de empresario, fácilmente se equivoca en sus apreciaciones acerca del empleado, perjudicándolo. Además sabe usted muy bien que el viajante, que pasa la mayor parte del año fuera de la tienda, es víctima fácil de habladurías, caprichos del azar y quejas infundadas, contra lo cual es completamente imposible defenderse, pues las más de las veces ni él mismo se entera, y solo cuando vuelve a casa después de un viaje agotador, empieza a sentir en carne propia los efectos cuyas causas son impenetrables. Señor encargado, no se vaya usted sin decir algo que indique que me da la razón, aunque sea en parte.

Pero el encargado, desde las primeras palabras de Gregorio, había dado media vuelta mirándolo por encima del hombro, estremecido y con los labios abultados por el asco que sentía. Y mientras Gregorio hablaba no se quedó quieto ni un instante, sino que se escurrió buscando la puerta sin quitarle los ojos de encima; pero lo hacía muy lentamente, como si una secreta prohibición le impidiera abandonar el recinto. Ya estaba en el recibidor, y por el movimiento brusco que hizo cuando su pie abandonó la sala se hubiera podido creer que se había quemado la planta. Una vez en el recibidor extendió su mano derecha en dirección de la escalera, como si verdaderamente esperase allí la salvación milagrosa.

Gregorio comprendió que de ningún modo debía dejar que el encargado se marchara en ese estado de ánimo, si no quería llegar al extremo de perder su empleo en la tienda. Sus padres no entendían esto tan bien como él; a lo largo de los años habían llegado a la

convicción de que Gregorio tenía el empleo asegurado de por vida y además estaban tan absorbidos ahora por las preocupaciones del momento, que habían descuidado toda previsión. Pero Gregorio no. Era imperioso retener al encargado, tranquilizarlo, convencerlo, y por último conquistarlo. ¡De ello dependía el porvenir de Gregorio y su familia! ¡Si al menos estuviera aquí la hermana! Ella era prudente. Había llorado cuando Gregorio aún yacía tranquilamente; y el galanteador del encargado se hubiera dejado llevar a cualquier parte por ella. Y ella, habría cerrado la puerta de la casa y en el recibidor lo hubiera disuadido de todo temor. Pero justamente la hermana no estaba allí, y Gregorio no tenía más remedio que arreglárselas solo. Sin pensar en absoluto que aún desconocía su actual capacidad de movimiento, ni tampoco que lo más posible y hasta lo más probable era que sus palabras volverían a ser ininteligibles, se desasíó de la hoja de la puerta, se deslizó por la abertura, intentó avanzar hacia el encargado que aún se aferraba cómicamente con las dos manos a la baranda del rellano, pero, buscando dónde apoyarse, cayó sobre sus innumerables patitas emitiendo un leve quejido. Apenas sucedió esto tuvo, por primera vez en esa mañana, una sensación de bienestar físico. Las patitas pisaban suelo firme, y notó con alegría que le obedecían perfectamente y hasta ansiaban llevarlo a donde él quisiera, de modo que ya creía estar a punto de alcanzar la mejoría definitiva. Pero en el mismo momento en que él a causa del movimiento contenido se balanceaba a ras del suelo frente a su madre que se hallaba cerca, esta que parecía totalmente ensimismada, dio súbitamente un salto, y con los brazos extendidos y los dedos abiertos, se puso a gritar:

—¡Socorro, por Dios! ¡Socorro!



Como si quisiera ver mejor a Gregorio, inclinó la cabeza, mas contradiciendo su propósito retrocedió sin tino, olvidando que detrás suyo estaba la mesa puesta para el desayuno, sobre la cual se apresuró a sentarse. Parecía no darse cuenta de que junto a ella el líquido de la cafetera volcada chorreaba sobre la alfombra.

—¡Madre, madre! —dijo Gregorio en voz baja mirándola de abajo arriba. Por un instante el encargado se le borró de la mente; en cambio, no pudo privarse de abrir y cerrar varias veces sus mandíbulas en el vacío al ver el café que chorreaba, lo que motivó un nuevo grito de la madre que huyó de la mesa para echarse en los brazos del padre que corría a su encuentro. Pero Gregorio no podía perder tiempo con sus padres. El encargado estaba ya en la escalera y miraba por última vez la escena con el mentón apoyado en la baranda. Gregorio tomó impulso para alcanzarlo, pero el otro debió de sospechar algo pues bajó de un salto y desapareció. Y aún se sintió un grito que resonó en el hueco de la escalera. Por desgracia, esta fuga pareció trastornar por completo también al padre que hasta entonces se había mantenido relativamente sereno, pues en lugar de correr tras el encargado, o, por lo menos no impedir que Gregorio lo hiciera, agarró con la diestra el bastón del encargado —que este abandonó sobre un sillón junto con el sombrero y el sobretodo—, tomó con la izquierda un periódico voluminoso de encima de la mesa y, golpeando el suelo con los pies y blandiendo bastón y periódico, se dispuso a hacer retroceder a Gregorio hasta el interior de su cuarto. De nada valieron los ruegos de Gregorio, los que tampoco fueron entendidos, y si quería volver humildemente la cabeza, con más fuerza golpeaban los pies del padre contra el piso. Más allá, la madre había abierto bruscamente una ventana a pesar del tiempo frío, e inclinada hacia afuera se cubría

el rostro con las manos. Entre la calle y la escalera se formó una violenta corriente de aire; volaron las cortinas en las ventanas, crujieron los periódicos sobre la mesa, algunas hojas sueltas se desplegaron sobre el piso. Inexorable, el padre avanzaba siseando como un salvaje. Pero Gregorio no se había ejercitado aún en la marcha hacia atrás, y verdaderamente eso iba muy despacio. Si tan solo le hubiera sido posible volverse, en un instante hubiera entrado en el cuarto, pero temía impacientar a su padre si se demoraba en la maniobra, pues el bastón no dejaba de amenazarlo con un golpe mortal en el lomo o la cabeza. Sin embargo, no tuvo al fin otra alternativa, ya que notó con espanto que en la marcha hacia atrás no acertaba a conservar la dirección. Y así, sin dejar de mirar a su padre con angustia, comenzó a volverse lo más rápido posible, aunque en realidad solo podía hacerlo muy lentamente. Quizás el padre notó su buena voluntad, pues no solo no lo estorbó, sino que dirigía de lejos los movimientos con la punta del bastón. ¡Si no fuera por ese insoportable siseo del padre! Ello hizo que Gregorio perdiera totalmente la cabeza. Ya se había vuelto casi por completo cuando el incesante siseo le hizo errar el camino y retroceder nuevamente un poco. Pero cuando felizmente su cabeza estuvo al fin frente a la puerta, era evidente que su cuerpo demasiado ancho le impediría franquearla sin más ni más. Naturalmente no se le ocurrió al padre, en su actual estado de ánimo, abrir la otra hoja para dejarle a Gregorio suficiente espacio; su idea fija era que Gregorio debía meterse en su pieza lo más pronto posible. De ningún modo hubiera permitido los complicados preparativos que necesitaba Gregorio para incorporarse y poder pasar así por la puerta. Más bien, como si no existiese ningún obstáculo, impelía a Gregorio a avanzar, haciendo un ruido singular que este sentía

resonar detrás suyo como si ya no fuera simplemente la voz de un único padre. La cosa no estaba ciertamente para bromas, y Gregorio –pasara lo que pasara– se lanzó contra la puerta. Se levantó de costado y quedó atravesado en el umbral con un flanco desollado por completo. Sobre la puerta pintada de blanco quedaron estampadas unas manchas repulsivas. No tardó en quedar atascado sin poder moverse por sí solo. Las patitas de un lado quedaron, temblorosas, suspendidas en el aire, las del otro, comprimidas dolorosamente contra el suelo... Entonces el padre le asestó un fuerte golpe salvador que lo lanzó al interior de su cuarto y lo hizo sangrar en abundancia. La puerta fue cerrada con el bastón, y por fin todo volvió a la calma.

## II

Recién al anoecer despertó Gregorio de su pesado sueño parecido a un desmayo. Aun sin ser molestado no hubiera tardado mucho en despertarse, pues se sentía suficientemente tranquilo y descansado, pero le pareció que lo despertaban unos pasos furtivos y el ruido de la puerta del recibidor, cerrada con cuidado. La luz de los faroles eléctricos de la calle se proyectaba pálidamente aquí y allá sobre el techo de la habitación y en la parte superior de los muebles; pero abajo, donde se encontraba Gregorio, reinaba la oscuridad. Con lentitud, palpando torpemente con sus antenas, cuyo valor comenzaba a apreciar recién ahora, se deslizó hasta la puerta para ver qué había ocurrido. Su lado izquierdo parecía ser una larga y única cicatriz, asquerosamente extendida. Tenía que cojear rítmicamente con sus dos filas de patitas; por otra

parte, una de estas se había herido gravemente durante los accidentes de la mañana (era casi un milagro que solo una se hubiera lastimado), y se arrastraba sin vida.

Recién al llegar a la puerta se percató de qué era lo que lo había atraído hasta allí: el olor de algo comestible. Encontró una escudilla repleta de leche azucarada en la que flotaban trocitos de pan blanco. Estuvo a punto de reír de alegría, pues estaba más hambriento que por la mañana, y enseguida zambulló la cabeza en la leche, casi hasta los ojos; mas pronto la retiró desilusionado, no solo porque el comer le resultaba penoso a causa de la herida en el lado izquierdo (y no podía hacerlo sin que todo su cuerpo jadeante se pusiera en movimiento), sino además porque la leche, hasta ayer su bebida predilecta (sin duda por eso la hermana se la había servido) no le gustó en absoluto. Con desgano se apartó de la escudilla y se arrastró hasta el centro de la habitación.

Pudo ver por la rendija de la puerta que habían encendido en la sala la lámpara de gas, pero mientras en otro tiempo, a esta hora, el padre acostumbraba leer en voz alta el diario de la tarde a la madre y algunas veces también a la hermana, ahora no se oía el menor ruido. Quizás esta lectura de la cual la hermana siempre le hablaba o le escribía en sus cartas había sido dejada de lado en los últimos tiempos. Y aunque seguramente la casa no estaba vacía, por doquier reinaba el silencio. “¡Qué vida tan tranquila lleva la familia!”, pensó Gregorio; y mientras miraba fijamente en la oscuridad se sintió muy orgulloso de haber podido brindar a sus padres y a su hermana semejante vida en tan hermosa vivienda. ¡Pero qué, si ahora toda la paz, todo el bienestar, todo el contento, tocaban a su fin de manera tan horrible! Para no perderse en tales cavilaciones Gregorio prefirió

ponerse en movimiento y se arrastró por el cuarto de un lado a otro.

Una vez, en el curso de la larga noche, se entreabrió una hoja de la puerta, y también una vez se entreabrió la otra, pero volvieron a cerrarse enseguida; sin duda era alguien que necesitaba entrar pero tenía demasiados escrúpulos. Gregorio se apostó junto a la puerta, decidido a hacer entrar de cualquier modo al indeciso visitante, o averiguar, al menos, de quién se trataba. Mas esperó en vano porque no volvieron a abrirla. Temprano por la mañana, cuando la puerta se encontraba cerrada, todos habían querido entrar; ahora que él había abierto una puerta y que las otras, por lo visto, habían sido abiertas en el correr del día, ya no venía nadie más, y las llaves quedaban por fuera, en las cerraduras.

Muy tarde en la noche fue apagada la luz de la sala y era fácil comprobar que los padres y la hermana habían pasado todo ese tiempo en vela, pues se podía oír claramente que los tres se retiraban de puntillas. Seguramente hasta la mañana nadie entraría a ver a Gregorio. Tenía por lo tanto mucho tiempo para reflexionar, sin ser molestado, acerca de cómo debería reordenar su vida desde ahora. Pero la habitación alta y espaciosa en la que estaba obligado a permanecer achatado contra el piso, lo angustiaba sin que acertara a explicarse la causa, pues era el cuarto que había habitado desde hacía cinco años... y con un movimiento casi inconsciente, y no sin sentirse ligeramente avergonzado, se metió de prisa debajo del sofá, donde, a pesar de que su lomo quedó un poco oprimido y no podía levantar ya su cabeza, se sintió igualmente muy cómodo, y solo lamentaba que su cuerpo fuera tan ancho que no pudiera acomodarse completamente debajo de él.

Allí permaneció toda la noche, ya en una duermevela de la que el hambre lo arrancaba a menudo con sobresaltos, ya entre preocupaciones y confusas esperanzas que siempre lo llevaban a la conclusión de que por el momento debía conservar la calma y tener paciencia y la mayor consideración posible para con sus familiares, haciéndoles llevaderos los disgustos que inevitablemente les ocasionaba en su actual situación.

Muy de mañana –estaba oscuro todavía– Gregorio tuvo ocasión de comprobar la fuerza de sus recientes determinaciones, pues la hermana, ya casi vestida, abrió la puerta que daba al recibidor y miró con impaciencia hacia el interior de la habitación. No lo encontró de inmediato, pero cuando notó que estaba debajo del sofá (en algún lado tenía que estar, ¡santo Dios!, pues no podría haber volado), se asustó tanto que, sin poder dominarse, cerró nuevamente la puerta. Pero, arrepentida por tal actitud, volvió a abrir de inmediato y entró de puntillas como si entrara en la habitación de un enfermo grave o en la de un extraño. Gregorio la observaba, asomando apenas la cabeza. ¿Acaso al darse cuenta ella que él no había tocado la leche (y no por falta de apetito), no le traería otra comida más apetitosa? Si no lo hacía ella misma, él preferiría dejarse morir de hambre antes que llamarle la atención al respecto, pese a que sentía unas ganas monstruosas de salir de debajo del sofá, arrojarse a sus pies y pedirle que trajese algo bueno de comer. Pero enseguida advirtió la hermana con sorpresa que la escudilla estaba llena y solo se había derramado alrededor un poco de leche. La levantó de inmediato, por cierto sin tocarla directamente con la mano, mas valiéndose de un trapo, y se la llevó. A Gregorio lo devoraba la curiosidad de saber qué traería en su lugar, haciendo al respecto las más variadas conjeturas. Pero nunca hubiera

adivinado lo que verdaderamente haría la bondadosa de la hermana. Para saber cuál era su gusto le trajo una variedad completa de alimentos distribuida sobre un periódico viejo: legumbres medio podridas, huesos de la cena rodeados de salsa blanca cuajada, un par de pasas y almendras, un trozo de queso que dos días antes Gregorio había declarado incomible, un pedazo de pan duro, otro untado con manteca, y otro con manteca y sal. Además trajo, llena de agua, la escudilla que por lo visto quedaba destinada de una vez por todas para Gregorio. Y por delicadeza, pues sabía ella que Gregorio no comería en su presencia, se retiró lo más pronto posible, y hasta cerró con llave para que comprendiera que podía comer a sus anchas. Las patitas de Gregorio hicieron como un zumbido cuando este se dirigió a comer. Por otra parte, sus heridas debían de haber sanado ya completamente, pues no notaba ahora impedimento alguno; se asombró, pues recordó que hacía más de un mes se había herido levemente un dedo con el cuchillo y la antevíspera aún le dolía bastante. “¿Tendré acaso menos sensibilidad?”, pensó mientras chupaba con fruición el queso que lo atrajo con más fuerza y apremio que los demás alimentos. Rápidamente y llorando de satisfacción, devoró sucesivamente el queso, las legumbres y la salsa; los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía disfrutar su olor y hasta tuvo que arrastrar un poco más lejos las cosas que quería comer.

Hacia rato que había terminado y aún yacía perezosamente en el mismo sitio, cuando la hermana hizo girar lentamente la llave a modo de señal para que se retirara. A pesar de hallarse medio dormido, esto lo sobresaltó y corrió a echarse nuevamente debajo del sofá. Pero le costó un enorme esfuerzo permanecer allí, a pesar de que la hermana solo permaneció en el cuarto por escaso

tiempo, pues la abundante comida le había hinchado un poco el cuerpo y apenas podía respirar en tal estrechez. Entre pequeños ahogos miró con ojos un poco desorbitados, cómo la hermana barría no solo los restos, sino también los alimentos que él no había tocado siquiera, como si estos ya no pudieran aprovecharse, y también cómo los arrojaba precipitadamente en un cubo que cerró con una tapa de madera, con lo cual se retiró llevándose todo; no bien lo hizo, salió Gregorio de su escondite, se despezó y se hinchó de alivio.

De esta manera recibía Gregorio diariamente su comida; una vez por la mañana, cuando los padres y la sirvienta aún dormían, y otra después del almuerzo general, pues entonces los padres seesteaban un rato y la sirvienta salía a algún recado a que la enviaba la hermana. Con seguridad, ellos tampoco querían que Gregorio muriese de hambre; pero acaso no hubieran podido soportar, sino de oídas, las circunstancias de sus comidas. Sin duda la hermana quería ahorrarles una nueva y tal vez pequeña aflicción, porque en realidad ya habían sufrido bastante.

Gregorio no pudo saber en absoluto con qué disculpas habían sido despedidos el día anterior el médico y el cerrajero, pues como nadie podía entenderlo, a nadie, ni siquiera a la hermana, se le ocurrió que él podía entender a los otros; de modo que debió contentarse con escuchar de tiempo en tiempo los suspiros e invocaciones a los santos por parte de su hermana, cuando esta se hallaba en el cuarto. Más tarde, cuando ella se acostumbró un poco más a aquello (acostumbrarse del todo no era posible), Gregorio pudo captar un indicio de cierta amabilidad o algo por el estilo. “Parece que hoy le ha gustado”, decía ella cuando Gregorio había comido hasta la última migaja, mientras que en caso contrario (lo que sucedía



cada vez con mayor frecuencia), decía casi con tristeza: “Nuevamente lo ha dejado todo”.

Pero como Gregorio no podía conocer las novedades de inmediato, trataba de escuchar algo de las habitaciones contiguas, y, apenas sentía voces, corría hacia la puerta correspondiente y se pegaba a ella con todo su cuerpo. Particularmente en los primeros tiempos las conversaciones se referían a él, pero en un lenguaje ininteligible. Por dos días se deliberó, durante cada una de las comidas, acerca del comportamiento que deberían observar en adelante; pero también se hablaba del mismo tema entre comida y comida, ya que siempre había por lo menos dos familiares en la casa, pues tal vez nadie quería permanecer en ella sin compañía, ni tampoco dejarla sola. Ya el primer día, la sirvienta (de quien no se sabía a ciencia cierta hasta qué punto estaba enterada de lo ocurrido), se había hincado de rodillas ante la madre para suplicarle que la despidiera de inmediato, y al abandonar la casa un cuarto de hora más tarde, le agradeció llorando el inmenso favor que le hacían y juró sin que nadie se lo pidiese, que no contaría a nadie lo sucedido.

La hermana, con ayuda de la madre, tuvo que ocuparse de la cocina, lo que por otra parte no les ocasionó mayor trabajo pues casi no se comía. Gregorio oía repetidas veces cómo se exhortaban unos a otros a comer sin que hubiera más respuesta que un “Gracias, ya es suficiente” o algo parecido. Posiblemente tampoco bebían. A menudo la hermana preguntaba al padre si quería cerveza, y se ofrecía afectuosa para ir a buscarla ella misma. Como el padre callaba, ella decía para aliviarlo de cualquier escrúpulo, que podía mandar a la portera, pero el padre contestaba con un *no* definitivo y no se hablaba más del asunto.

Ya el primer día el padre explicó tanto a la madre como a la hermana de qué recursos disponían y cuáles eran las perspectivas. De vez en cuando se levantaba de la mesa para buscar en el pequeño cofre que cinco años atrás había salvado de la quiebra de su negocio, algún documento o algún libro de notas. Se oía el ruido de la complicada cerradura cuando abría el cofre y cuando volvía a cerrarlo después de haber sacado lo que buscaba. Estas explicaciones del padre fueron, en cierto modo, las primeras noticias gratas que llegaron a Gregorio desde su encierro. Hasta entonces estuvo convencido de que a su padre no le quedaba absolutamente nada de aquel negocio; al menos el padre nunca había dicho palabra capaz de disuadirlo de esa idea, y él, por su parte, jamás había preguntado nada al respecto. Por aquel entonces, el único cuidado de Gregorio fue el de tomar todas las precauciones para que su familia olvidase lo más pronto posible aquel desastre económico que los había sumido a todos en completa desesperación. Por eso se había puesto a trabajar con particular fervor, convirtiéndose, de la noche a la mañana, de pequeño dependiente en viajante. Así tenía, naturalmente, mayores posibilidades de ganar dinero, y sus logros se tradujeron rápidamente en comisiones en moneda contante y sonante puesta sobre la mesa ante la familia feliz y asombrada. Fueron tiempos hermosos, no repetidos después, al menos con igual esplendor, no obstante ganar Gregorio suficiente dinero que le permitía sobrellevar los gastos de toda la familia, lo que efectivamente hizo. Gregorio y los suyos tanto se habían acostumbrado a ello que, si bien estos recibían agradecidos el dinero que aquel entregaba gustoso, ya no volvería a repetirse el calor particular con que lo hacían al principio. Solamente la hermana permaneció unida estrechamente a Gregorio, el cual

tenía la secreta intención de enviarla el año próximo al conservatorio sin reparar en los grandes gastos que esto significaba y que de algún modo se costearían, pues ella, contrariamente a su hermano, gustaba mucho de la música y sabía tocar el violín en forma conmovedora. A menudo, durante las breves estadias de Gregorio en la ciudad, el conservatorio era mencionado en las charlas con la hermana, pero siempre como un hermoso sueño en cuya realización no cabía pensar. Los padres oían con desagrado estas alusiones inocentes, pero Gregorio pensaba muy seriamente en ello y tenía la intención de anunciarlo solemnemente en las próximas navidades.

Estos pensamientos, completamente inútiles en su situación actual, se agitaban en su mente mientras él, erguido y pegado a la puerta, aguzaba el oído. A veces el cansancio le impedía prestar atención y dejaba que su cabeza descansara indolente, apoyada en la puerta; pero pronto la erguía, pues hasta el pequeño ruido que había producido con ello era oído en la habitación contigua, de modo que todos callaban. “Parece que se ha movido otra vez”, decía el padre luego de una pausa, volviéndose sin duda hacia la puerta; y recién entonces la conversación interrumpida volvía poco a poco a su curso.

Así se enteró Gregorio con satisfacción –pues el padre solía repetir cuidadosamente sus explicaciones, en parte porque hacía tiempo que no se ocupaba personalmente de estos asuntos, y en parte porque la madre no los entendía muy bien–, así se enteró Gregorio de que, a pesar de la desgracia, aún les quedaba una pequeña fortuna de los pasados tiempos acrecentada por los intereses que se habían ido acumulando. Pero además, el dinero que había aportado Gregorio mes a mes –él solo había reservado para sí un par de florines– no había sido gastado en su totalidad, con lo cual se fue integrando un

pequeño capital. Detrás de la puerta Gregorio asentía fervorosamente con la cabeza, contento por la precaución y el ahorro inesperados. A decir verdad él podía haber pagado con ese dinero sobrante la deuda que mantenía el padre con el jefe, y no hubiera estado lejos el día en que la hubiera saldado por completo; pero sin duda era mejor así, como el padre lo había dispuesto.

Ahora bien, ese dinero no alcanzaba de ningún modo para permitir que la familia pudiese vivir de rentas, pero tal vez era suficiente para mantenerla un año, a lo sumo dos; pero no más. Era apenas una cantidad a la que se podía echar mano solo en caso de extrema necesidad. El dinero para el diario vivir no había más remedio que ganarlo. Aunque el padre era un hombre muy sano, ya estaba viejo y no se podía esperar gran cosa de él, pues llevaba cinco años sin trabajar. A lo largo de estos cinco años, en los que por primera vez durante su vida penosa y fracasada tuvo oportunidad de descansar, se había puesto gordo y pesado. ¿Y acaso la madre podía ganar algún dinero, estando tan aquejada por el asma que una simple recorrida por la casa la fatigaba y que, día por medio, lo pasaba tirada en el sillón junto a la ventana abierta porque le faltaba el aire? ¿Podía ganar algo la hermana que aún era una niña a pesar de sus diecisiete años, y hasta entonces llevaba una vida tan envidiable que solo consistía en esmerarse en el vestir, dormir a sus anchas, ayudar en los quehaceres domésticos, participar ocasionalmente en alguna modesta diversión y, sobre todo, tocar el violín? Cuando la conversación giraba en torno a esa necesidad de obtener dinero, Gregorio se apartaba de la puerta para arrojarse, encendido de vergüenza y congoja, sobre el fresco sofá de cuero.

A menudo se pasaba allí la noche entera sin pegar un ojo, y arañando el cuero durante horas y horas. Otras

veces, sin arredrarse, llevaba a cabo el ímprobo esfuerzo de arrastrar un sillón hasta la ventana; después trepaba al alféizar y, afirmándose en el sillón, se apoyaba contra los cristales entregado sin duda a la evasión de los recuerdos<sup>(\*)</sup>, pues antes era eso lo que significaba para él mirar por la ventana. Mas lo cierto era que día a día veía las cosas, aun las más cercanas, con menos nitidez. Ya no distinguía en absoluto el hospital de enfrente, cuyo aspecto excesivamente monótono había maldecido siempre, y a no ser porque tenía la certeza de vivir en una calle tranquila<sup>(\*\*)</sup>, aunque en plena ciudad, hubiera podido creer que tenía ante él un desierto en el cual se confundían indistintamente un cielo gris con la tierra también gris. A la hermana, siempre atenta, le bastó con ver solo dos veces que el sillón se encontraba junto a la ventana, para arrimarlo ella misma cada vez que arreglaba la habitación, y hasta abría las hojas interiores de la ventana doble.

De haber podido Gregorio conversar con la hermana para agradecerle todo lo que por él hacía, le hubiesen sido más llevaderos esos trabajos que ocasionaba y que por lo mismo tanto le hacían sufrir. Es cierto que la hermana se esforzaba por borrar lo desagradable de todo aquello, y, a medida que transcurrían los días, lo lograba mejor; pero también la perspicacia de Gregorio se agudizaba con el tiempo, y entonces la entrada de la hermana se convirtió en algo terrible. Una vez dentro, sin preocuparse como antes por cerrar la puerta para ahorrarles a los demás el espectáculo de la habitación de Gregorio, corría derecho a la ventana y la abría de golpe como si estuviera a punto de asfixiarse; y aun cuando el frío era intenso permanecía allí un rato, respirando hondamente. Dos veces en el día, su estrepitosa carrera asustaba a Gregorio, quien, durante el tiempo que ella

estaba allí, temblaba debajo del sofá, aunque bien sabía que ella le hubiese ahorrado gustosa semejante molestia, de haberle sido posible permanecer en la habitación con las ventanas cerradas.

Un día –ya había transcurrido un mes desde la transformación de Gregorio, y la hermana no tenía ninguna razón particular para sorprenderse por el aspecto de este– entró ella algo más temprano que de costumbre y lo halló junto a la ventana y a punto de asustarse. No podía sorprenderle a Gregorio que ella desistiese de entrar, pues él, en el lugar en que se encontraba, le impedía abrir la ventana. Pero no solo no entró, sino que se retiró y cerró la puerta. Un extraño hubiese podido creer que Gregorio la acechaba para morderla. Naturalmente, Gregorio se escondió de inmediato debajo del sofá, pero debió esperar hasta el mediodía el regreso de la hermana. Parecía más intranquila que antes. Se dio cuenta de que su aspecto todavía era insoportable para ella, que lo seguiría siendo, y que ella tenía que hacer un gran esfuerzo para dominarse y no salir corriendo al ver la pequeña parte de su cuerpo que sobresalía por debajo del sofá. Para ahorrarle también esto, un día, cargó sobre su lomo la sábana y la dispuso sobre el sofá –tarea que le llevó cuatro horas–, de modo que quedara completamente cubierto y la hermana no lo pudiese ver por más que se agachase. De creer ella que esta sábana no era necesaria, la hubiese podido retirar, pues era obvio que no causaría ningún placer a Gregorio eso de aislarse por completo. Pero dejó la sábana tal cual estaba, y Gregorio creyó haber captado una mirada de gratitud, al levantar cuidadosamente la sábana con la cabeza para ver cómo acogía la hermana la nueva disposición.

Durante las dos primeras semanas los padres no pudieron decidirse a entrar a verlo, y él oía a menudo cómo

elogiaban sin reservas lo que la hermana hacía, cuando hasta entonces no habían hecho más que disgustarse por parecerles que era una muchacha bastante inútil. Ahora, en cambio, era frecuente que esperaran ante la habitación de Gregorio mientras la hermana la arreglaba, y no bien salía, debía contarles punto por punto, cómo estaba la habitación, qué había comido Gregorio, cómo se había comportado, y si se advertía en él alguna mejoría. Por otra parte, la madre quería visitar a Gregorio cuanto antes, pero el padre y la hermana la contenían, primero con razones que Gregorio escuchó atentamente, aprobándolas por entero. Pero después fue necesario emplear la fuerza para impedirselo, y cuando exclamaba “¡Déjenme entrar a ver a Gregorio, mi hijo desgraciado! ¿No comprenden que necesito verlo?”, Gregorio pensaba que acaso fuera conveniente que la madre entrase, no todos los días, por supuesto, pero siquiera una vez a la semana. Ella lo comprendía todo mejor que la hermana, quien, pese a su entereza, era apenas una niña que en última instancia había asumido tan pesada tarea solo por ligereza infantil.

Pronto habría de realizarse el deseo de Gregorio de ver a su madre. Durante el día no se dejaba ver junto a la ventana por consideración a sus padres, pero podía arrastrarse, aunque no mucho, por los dos metros cuadrados del piso. Por la noche le era difícil permanecer tranquilamente echado; la comida dejó de producirle el más mínimo placer, y como distracción fue adquiriendo la costumbre de deslizarse zigzagueando por paredes y techo. Particularmente en el techo se hallaba a sus anchas. Era muy distinto estar así, suspendido, que echado en el piso; allá arriba se respiraba mejor y un ligero temblor estremecía su cuerpo. Para colmo de su sorpresa, sucedió que encontrándose así, distraído y

casi feliz, se desprendió del techo y vino a estrellarse contra el piso. Pero su cuerpo era ciertamente mucho más resistente que antes y no se lastimó a pesar de la tremenda caída. No tardó la hermana en advertir el nuevo entretenimiento que había descubierto Gregorio, pues este, al deslizarse, dejaba aquí y allá las huellas de sus secreciones pegajosas, y se le puso en la cabeza que debía facilitar en lo posible sus movimientos retirando los muebles que lo estorbaban, principalmente el baúl y el escritorio. Pero esto no podía hacerlo ella sola. No se atrevía a pedir ayuda al padre; tampoco podía contar en absoluto con la sirvienta, pues esta, que frisaba los sesenta años, a pesar de que había dado pruebas de gran valentía desde la despedida de la anterior cocinera, había rogado que se le concediera el favor de permitírsele permanecer en la cocina con la puerta cerrada, para abrirla solo cuando la llamasen. Por lo tanto, no le quedaba a la hermana otro recurso que apelar a su madre cuando el padre estuviese ausente. La madre acudió dando gritos de júbilo, pero enmudeció tan pronto como se encontró ante la puerta de Gregorio. Naturalmente, lo primero que hizo la hermana fue echar un vistazo para ver si todo estaba en orden, y recién entonces la dejó pasar. Dándose prisa Gregorio bajó más la sábana, de modo que formara abundantes pliegues; así, el conjunto daba la impresión de una sábana arrojada por casualidad sobre el sofá. Gregorio renunció esta vez a espiar por debajo de la tela, y con ello a ver a su madre, contento únicamente porque al fin había venido. “Entra, que no se lo ve”, dijo la hermana, que evidentemente llevaba a la madre de la mano. Y Gregorio oyó cómo las dos frágiles mujeres retiraban de su sitio el viejo y pesado baúl, y cómo la hermana insistía en llevar la mayor parte del trabajo, sin escuchar las advertencias de la madre que temía que se



fatigara demasiado. Mucho duró la operación. Al cabo de un cuarto de hora, la madre dijo que mejor harían en dejar el baúl donde estaba, en primer término porque era demasiado pesado, y al no poderse concluir la tarea antes del regreso del padre, el baúl, en medio de la habitación, le cerraría el paso a Gregorio, y, en segundo lugar, no era absolutamente seguro que a este le gustara que se retirasen los muebles. A ella le parecía que debía de ser todo lo contrario. Precisamente, la vista de las paredes desnudas le oprimía el corazón y se preguntaba por qué Gregorio no habría de sentir lo mismo, pues estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a los muebles del cuarto, y por consiguiente tendría que sentirse abandonado en medio de la habitación vacía. “¿Y no parecerá después?”, concluyó la madre bajando mucho la voz, susurrando casi, como si quisiera evitar que Gregorio, cuya ubicación exacta ignoraba por completo, oyera tan solo el sonido de su voz, pues estaba convencida de que no entendía las palabras, “no parecerá después que, al retirar los muebles, habremos demostrado que renunciamos a toda esperanza de mejoría y lo abandonamos desconsideradamente a su propia suerte? Creo que lo mejor sería dejar el cuarto tal como estaba para que Gregorio, al volver a estar entre nosotros encuentre todo incambiado y pueda olvidar más fácilmente lo ocurrido”.

Al oír estas palabras, comprendió Gregorio que la falta de toda comunicación humana inmediata, unida a la vida monótona en el seno de la familia, habían debido trastornar su entendimiento, pues, de otro modo, no podía explicarse que él hubiera deseado que vaciaran la habitación. ¿Es que deseaba realmente que una habitación cálida y confortable, equipada con cómodos muebles de los abuelos, quedara convertida en una cueva, en la cual él hubiera podido, por cierto, desplazarse en todas las

direcciones sin estorbo alguno, pero también olvidarse rápida y completamente de su condición humana? Y ya estaba a punto de olvidarla, y únicamente despertó su conciencia la voz de su madre que hacía tiempo no oía. Nada debía ser retirado, todo tenía que quedar en su lugar; no podía prescindir de la influencia provechosa que ejercían los muebles en su situación actual, y si estos le impedían moverse caprichosamente de aquí para allá, ello no era un perjuicio sino, por el contrario, una gran ventaja.

Lamentablemente, la hermana pensaba de otra manera. Se había acostumbrado –y no le faltaban motivos– a actuar frente a sus padres como un verdadero perito en todos los asuntos que concernían a Gregorio, de manera que el consejo de la madre fue motivo suficiente para que ella insistiera no solamente en retirar el baúl y el escritorio (que era en lo único que se había pensado al principio), sino también el resto del mobiliario, excepción hecha del indispensable sofá. Naturalmente, no eran solo su terquedad infantil ni la sorprendente confianza en sí misma adquirida a duras penas en los últimos tiempos lo que la decidía a afirmarse en semejante exigencia, pues también había notado que, efectivamente, Gregorio necesitaba mucho espacio para desplazarse, mientras los muebles, como podía observarse, no le prestaban la menor utilidad. Acaso también contribuía a ello el espíritu fantaseador propio de las muchachas de su edad, que no pierden oportunidad en que puedan satisfacer sus deseos, y que despertó en Grete la idea seductora de hacer más terrible la situación de Gregorio para poder ayudarlo más de lo que lo había ayudado hasta el presente; pues en un ambiente en el que Gregorio dominara entre paredes desnudas, nadie, excepto Grete, se atrevería a entrar.

Y por eso no se dejó disuadir de sus propósitos por parte de su madre quien, al parecer insegura a causa de la profunda desazón que le producía aquel cuarto, pronto enmudeció y, con todas sus fuerzas, ayudó a la hermana a sacar el baúl. Ahora bien, Gregorio podía prescindir del baúl en caso necesario, pero el escritorio tenía que quedar allí. Y apenas las mujeres abandonaron la habitación cargando el baúl y gimiendo agobiadas, Gregorio asomó la cabeza para ver cómo podría él intervenir, con los mayores cuidados y consideración posibles. Mas por desgracia, fue precisamente la madre quien regresó primero, mientras Grete, en la habitación contigua, seguía abrazada al baúl, empujándolo ella sola de uno y otro lado sin conseguir moverlo. La madre no estaba acostumbrada a ver a Gregorio, y podía enfermar al toparse con él. Así, este retrocedió asustado procurando llegar apresuradamente al otro extremo del sofá; mas no pudo evitar que la sábana se moviera un poco, lo que bastó para llamar la atención de la madre, quien por un instante quedó paralizada, y volvió enseguida junto a Grete.

Pese a que Gregorio se decía continuamente que en realidad nada sucedía de extraordinario y que, a lo sumo, solo serían cambiados de lugar un par de muebles, tuvo que reconocer pronto que ese ir y venir de las dos mujeres, las breves exhortaciones que se dirigían, el rayar de los muebles en el piso, le hacían el efecto de un barullo que venía de todas partes; y con la cabeza y las patas encogidas lo más que pudo y el cuerpo aplastado contra el suelo, no tuvo ya ninguna duda de que no podría soportar todo aquello por más tiempo. Le vaciaban el cuarto, le quitaban todo cuanto él amaba; ya habían sacado el baúl donde guardaba la sierra y demás herramientas; ahora aflojaban el escritorio, encastrado firmemente en el piso, y en el que había hecho sus deberes como estudiante

de la academia comercial, como estudiante secundario, y aun cuando iba a la escuela... Realmente ya no tenía más tiempo para perderlo en comprobar las buenas intenciones de ambas mujeres, de cuya existencia casi se había olvidado, pues a causa del agotamiento trabajaban en silencio y solo se oía el penoso arrastrar de los pies.

Y así fue como salió repentinamente de su escondrijo –las mujeres en la habitación contigua acababan de apoyarse en el escritorio para tomar aliento–, y cambió cuatro veces la dirección de su carrera, porque realmente no sabía qué era lo que debía salvar primero. Entonces vio, colgado en la pared desnuda, el llamativo cuadro de la dama envuelta en pieles; trepó presuroso y se apretó contra el vidrio que calmó el ardor de su vientre. Al menos, nadie habría de llevarse esta imagen que Gregorio cubría por completo. Volvió la cabeza hacia la puerta de la sala para observar a las mujeres cuando regresasen.

Estas, que no se habían permitido mucho descanso, regresaron enseguida. Grete rodeaba a la madre con el brazo, sosteniéndola casi.

–Bien, ¿y ahora qué nos llevamos? –dijo Grete mirando en derredor. Entonces se cruzaron sus miradas con las de Gregorio que estaba pegado a la pared. Grete conservó la serenidad solo a causa de la presencia de la madre. Volvió su rostro hacia ella para evitar que mirara en torno suyo y, entre confusa y temblorosa, le dijo:

–Ven, ¿no sería mejor que pasáramos por un momento a la sala?

Para Gregorio fue clara la intención de Grete: quería poner a salvo a la madre para después obligarlo a que bajara de la pared. Pues bien, ¡que lo intentara! Estaba aferrado a su cuadro y no lo entregaría. Prefería saltarle a Grete a la cara.

Pero las palabras de Grete no habían hecho más que inquietar a la madre. Esta se echó a un lado, divisó la gigantesca mancha oscura sobre el empapelado floreado, y antes de darse cuenta de que aquello que veía era Gregorio, gritó con voz ronca: “¡Dios mío! ¡Dios mío!”, y, como si entregara el alma, se desplomó en el sofá con los brazos extendidos, quedando inmóvil.

—¡Ay de ti, Gregorio! —gritó la hermana alzando el puño y con mirada enérgica. Eran las primeras palabras que le dirigía directamente desde la transformación. Corrió a la habitación contigua en busca de algún remedio para hacer volver a la madre en sí. Gregorio hubiese querido acudir en su ayuda —aún había tiempo para salvar el cuadro—, pero estaba tan pegado al vidrio que tuvo que desprenderse con todas sus fuerzas; después corrió a la habitación contigua como si, igual que antes, pudiera darle a la hermana algún consejo. Pero tuvo que quedarse quieto detrás, mientras ella revolvía entre diversos frascos. Al darse vuelta, se asustó y uno de los frascos cayó al suelo y se hizo añicos. Un fragmento lastimó la cara de Gregorio cubriéndosela con algún medicamento corrosivo. Grete, sin detenerse, tomó tantos frascos como pudo, y corrió con ellos hacia su madre, cerrando la puerta con el pie. De este modo, Gregorio se encontró pues separado de su madre quien, por culpa suya, se hallaba quizás al borde de la muerte. Como no quería ahuyentar a la hermana, porque esta debía asistir a la madre, no le era posible abrir la puerta. Ahora, lo único que le quedaba por hacer era esperar, y acosado por autorrecriminaciones y celos, comenzó a trepar por todas partes recorriendo las paredes, los muebles, el techo, hasta que finalmente, cuando la habitación empezó a dar vueltas en torno suyo, cayó desesperado, en medio de la gran mesa.

Transcurrieron unos instantes. Gregorio yacía abatido. Reinaba la calma, lo que quizás era buen indicio. Entonces alguien llamó a la puerta. Como la sirvienta, naturalmente, estaba encerrada en la cocina, Grete tuvo que abrir. Era el padre.

—¿Qué ha sucedido? —fueron sus primeras palabras. Tal vez el aspecto de Grete se lo había revelado todo. Ella contestó con voz ahogada (por lo visto hundió su rostro en el pecho del padre):

—Mamá se ha desmayado, pero ya está mejor. Gregorio se ha escapado.

—A decir verdad, lo esperaba —dijo el padre—. Siempre se los decía, pero ustedes las mujeres no quieren hacer caso.

Para Gregorio estaba claro que el padre había interpretado mal las noticias harto escuetas de Grete, y suponía que él era responsable de algún acto de violencia. Por eso, Gregorio tenía que tratar ahora de apaciguarlo, pues no había tiempo ni posibilidad alguna para aclarárselo todo. Y así se escurrió hasta la puerta de su cuarto y se apretó contra ella para que, cuando el padre entrase, pudiera percatarse de que tenía la mejor intención de meterse cuanto antes en su pieza, por lo que no era necesario empujarlo, sino que bastaba con abrirle la puerta para que desapareciera rápidamente.

Pero el padre no estaba con ánimo para reparar en semejantes sutilezas. “¡Ah!”, gritó al entrar, con un tono a la vez de furia y satisfacción. Gregorio apartó la cabeza de la puerta y la alzó ante el padre, con quien aún no se había enfrentado en su actual situación, aunque era verdad que en los últimos tiempos, absorbido por el nuevo modo de arrastrarse de un lado a otro, no se preocupaba como antes por lo que acontecía en el resto de la casa. A decir verdad, tendría que haberse preparado para

encontrarse con circunstancias muy cambiadas. Pese a todo, ¿era aquel su propio padre? ¿Era ese el mismo hombre cansado que se quedaba hundido en la cama cuando Gregorio se disponía a salir en viaje de negocios? ¿Era el mismo que lo recibía en pijama, postrado en el sillón, en las noches cuando regresaba al hogar y que, absolutamente incapaz de levantarse, se limitaba a alzar los brazos en señal de alegría? ¿El que, durante los raros paseos que daban juntos –un par de domingos en el año o en los principales días de fiesta– metido en su viejo sobretodo avanzaba penosamente entre Gregorio y la madre (cuyos pasos de por sí lentos debían acortarse aún más), apoyaba el bastón con cuidado, y, cuando quería decir algo, casi siempre se detenía reuniendo a los acompañantes a su alrededor? Ahora, en cambio, se presentaba muy erguido, luciendo un lustroso uniforme azul con botones dorados, como los que usan los ordenanzas de las instituciones bancarias. Por encima del cuello alto y rígido del uniforme desbordaba la papada; bajo las cejas espesas, la mirada de sus ojos negros emergía vigorosa y atenta; el cabello blanco, antes desgredado, relucía prolijamente peinado, con una raya perfecta. Arrojó su gorra que lucía un monograma dorado –probablemente de un banco– la cual, trazando una curva, atravesó la habitación para caer sobre el sofá, y, apartando los faldones de su largo uniforme, avanzó hacia Gregorio con las manos en los bolsillos del pantalón y el rostro desencajado. Ni él mismo sabía qué iba a hacer, pero levantaba los pies hasta una altura desacostumbrada y Gregorio se asombró de las dimensiones gigantescas de sus suelas, pero no se detuvo a mirarlas, pues bien sabía él desde el primer día de su nueva vida, que el padre consideraba que merecía ser tratado con la mayor severidad. Y así, echó a correr delante del padre, interrumpiendo su carre-

ra cuando este se detenía, para reanudarla al percibir el menor movimiento. De este modo dieron varias vueltas a la habitación sin que sucediera nada decisivo, y sin que ello, a causa de las dilatadas pausas, se pareciera propiamente a una persecución. Gregorio prefirió no abandonar el piso por el momento, sobre todo porque temía que el padre interpretase su huida por las paredes o el techo como un acto de refinada malicia. Debíó pensar sin duda, que no soportaría esas carreras por mucho tiempo, pues por cada paso que daba el padre, él tenía que ejecutar infinidad de movimientos. Ya empezaba a manifestarse una respiración jadeante, si bien era cierto que antes nunca había podido confiar mucho en sus pulmones. Mientras se bamboleaba juntando fuerzas para proseguir la huida, apenas lograba mantener los ojos abiertos. En su embotamiento no podía pensar en otro medio de salvación que la huida, y casi había olvidado ya que las paredes estaban a su disposición, aunque es cierto que lo obstruían muebles esmeradamente tallados, con innumerables puntas y dientes... Y he aquí que de pronto, cayó a su lado un objeto diestramente lanzado que rodó ante sus ojos: era una manzana a la que inmediatamente siguió una segunda. Gregorio se quedó inmóvil de susto. Era inútil continuar corriendo, pues el padre había resuelto bombardearlo. Se había llenado los bolsillos con las manzanas que tomara del frutero que estaba sobre el aparador y las arrojaba una tras otra, sin dar, por el momento, en el blanco. Las manzanitas rojas rodaban por el suelo como electrizadas, y chocaban entre sí. Una de ellas, arrojada débilmente, rozó el lomo de Gregorio, pero se deslizó sin dañarlo. La siguió inmediatamente otra que lo golpeó de lleno. Gregorio quiso arrastrarse un poco, como si mudándose de sitio pudiera hacer que se aliviara aquel dolor tremendo y sorprendente; pero se



sintió como traspasado por un clavo, y allí se quedó, despatarrado y completamente confundido. Una última mirada le bastó para ver cómo se abría con violencia la puerta de su habitación y cómo, delante de la hija que gritaba, la madre corría desoladamente en camisa (pues la hija la había desvestido para que respirara mejor durante su desvanecimiento) y se lanzaba hacia el padre al par que dejaba por el camino las faldas desprendidas que iban cayendo una tras otra; y por fin, tropezando con ellas, se abalanzó sobre él, lo abrazó estrechamente rodeándole la nuca con las manos —al llegar aquí la vista de Gregorio ya se había oscurecido por completo—, y le suplicó que perdonase la vida de su hijo.

### III

La grave herida que Gregorio sufrió durante más de un mes —nadie se atrevió a quitarle la manzana que quedó incrustada en su carne como testimonio visible de lo ocurrido— pareció recordar, aun al mismo padre, que Gregorio seguía siendo un miembro de la familia a pesar de lo triste y repulsivo de su forma actual, y que no debería ser tratado como un enemigo, sino que, por el contrario, era obligación de los familiares reprimir la repugnancia y aguantar. Nada más que aguantar.

Y aun cuando Gregorio, a causa de la herida, había perdido tal vez para siempre gran parte de su movilidad, de modo que, como un viejo inválido, necesitaba minutos interminables para atravesar su cuarto (ni pensar en trepar por las paredes), aun así tuvo, en el agravamiento de su estado, lo que a él le pareció una compensación más que suficiente: la puerta que daba a la sala siempre

se abría por la noche –una o dos horas antes de que esto ocurriera él solía clavar en ella su mirada–, de manera que sin que nadie lo viera, echado en medio de las penumbras de su habitación, podía ver a toda la familia reunida en torno a la mesa iluminada y escuchar sus conversaciones, en cierta medida con el consentimiento general.

En verdad ya no eran las animadas conversaciones de antes, que Gregorio añoraba a menudo en los cuartuchos de los hoteles cuando, fatigado, se metía entre las sábanas húmedas. Ahora, las más de las veces se hacía un gran silencio. Acabada la cena, el padre se dormía en su sillón, y la madre y la hermana se exhortaban mutuamente a no hacer ruido. La madre, muy inclinada bajo la luz, cosía fina ropa blanca para una casa de modas; la hermana, que había conseguido emplearse como vendedora, estudiaba por las noches taquigrafía y francés, acaso con miras a lograr algún día un puesto mejor. De vez en cuando el padre se despertaba, y, cual si ignorara por completo que se había dormido, decía a la madre: “¡Cuánto cosas hoy también!”, y volvía a dormirse de inmediato mientras madre y hermana, muy cansadas, se cambiaban sonrisas.

Con obstinación el padre se negaba, aun en su casa, a despojarse de su uniforme de ordenanza. Y mientras el pijama colgaba inútil de la percha, él dormitaba sentado en el sitio habitual completamente uniformado, como si siempre estuviera de servicio y esperase oír, también allí, la voz del jefe; con lo cual el uniforme que ya al principio no era nuevo, perdió su pulcritud a pesar de todos los cuidados de la madre y la hermana. Y Gregorio solía contemplar durante veladas enteras ese uniforme brillante, completamente manchado y con los botones dorados siempre relucientes, dentro del cual el viejo dormía incómodo pero tranquilo.

Apenas daban las diez, la madre trataba de despertar al padre hablándole quedo, para convencerlo después de que debía irse a la cama porque allí no podría dormir debidamente, lo que él tanto necesitaba, pues a las seis tenía que comenzar su servicio. Pero con la terquedad que se había apoderado de él desde que era ordenanza, porfiaba por permanecer más tiempo sentado a la mesa, a pesar de que por lo común se dormía allí y después costaba un enorme trabajo moverlo a que cambiara el sillón por la cama. Cuando la madre y la hermana trataban de persuadirlo con breves amonestaciones, él, durante un cuarto de hora, sacudía lentamente la cabeza, mantenía los ojos cerrados y no se levantaba. La madre le tiraba de la manga susurrándole al oído palabras lisonjeras, y la hermana abandonaba sus ejercicios para ayudarla; pero esto no producía el más mínimo efecto, sino que él se hundía aún más en el sillón. Recién cuando las mujeres lo asían por debajo del brazo abría los ojos, miraba primero a la madre y después a la hermana, y solía exclamar: “¡Qué vida esta! ¡He aquí la tranquilidad de los días que me restan por vivir!”. Y apoyándose en ambas mujeres, se levantaba penosamente, cual si fuese para sí mismo la más pesada carga. Se dejaba conducir por ellas hasta la puerta. Allí las despedía con un gesto y seguía solo, mientras la madre se deshacía rápidamente de sus útiles de costura, y la hermana de su pluma, para correr detrás de él y continuar ayudándolo.

¿Quién hubiera podido ocuparse de Gregorio más de lo estrictamente necesario, en esa familia agobiada y deshecha por el trabajo excesivo? Como el presupuesto de la casa se reducía cada vez más despidieron a la sirvienta. Una asistenta gigantesca y huesuda cuyos cabellos blancos le revoloteaban alrededor de la cabeza venía ahora por la mañana y al atardecer para ayudar

en los trabajos más pesados; la madre se encargaba de los demás quehaceres que se sumaban a las múltiples labores de costura. Y hasta sucedió que fueron vendidas varias alhajas de familia, que antes la madre y la hermana lucieran felicísimas en reuniones y fiestas. Gregorio lo supo esa misma noche cuando se habló en general de los precios obtenidos. Pero de lo que más se lamentaban siempre era de la imposibilidad de dejar esa vivienda que resultaba ahora demasiado grande, pues no era posible imaginar la manera de trasladar a Gregorio. Pero bien comprendía este que no era solo la consideración para con él lo que impedía la mudanza, pues hubieran podido transportarlo fácilmente en un cajón adecuado con un par de agujeros para poder respirar. No, lo que principalmente retenía a la familia ante la posibilidad de mudarse, era más bien la completa desesperanza que la embargaba al pensar que habían sido azotados por una desgracia, como nadie hasta entonces de todo el círculo de conocidos y parientes. Lo que el mundo exige a los desgraciados, lo cumplieron ellos al extremo: el padre llevaba el desayuno a los pequeños empleados del banco, la madre se sacrificaba lavando ropa para extraños, la hermana, detrás del mostrador, corría de aquí para allá para complacer a los clientes; pero las fuerzas de la familia ya no daban abasto, y el dolor de la herida en el lomo de Gregorio se renovaba cuando madre y hermana, después de acostar al padre, volvían a la sala y, sin retomar sus trabajos, se sentaban muy juntas, mejilla contra mejilla. La madre señalaba la puerta de Gregorio y decía: “Cierra esa puerta, Grete”. Y Gregorio quedaba de nuevo sumido en las tinieblas mientras las mujeres mezclaban sus lágrimas o, ya con los ojos completamente secos, se quedaban mirando fijamente la mesa.

Gregorio pasaba las noches y los días sin dormir casi nada. A veces le daba por pensar que próximamente se abriría la puerta y se haría cargo como antes de todos los asuntos de la familia. Después de mucho tiempo, volvieron a surcar su mente el jefe y el encargado, el dependiente y el aprendiz, el rústico del peón, dos, tres amigos que trabajaban en otros negocios, una camarera de un hotel provinciano, un recuerdo querido y pasajero<sup>(\*)</sup>, una cajera de una sombrerería a quien él había pretendido con intenciones serias, pero sin bastante apremio... todos aparecían confundidos con otros, extraños o ya olvidados, y en lugar de acudir a ayudarlo a él o a su familia, permanecían inaccesibles, y se sentía dichoso no bien desaparecían; pero después, tampoco se sentía con humor para preocuparse por su familia. Simplemente sentía rabia por los malos cuidados de que era objeto; y a pesar de que no podía imaginarse cosa alguna capaz de despertarle el apetito, hizo planes para llegar hasta la despensa y, aunque no tuviera hambre, tomar de allí lo que en todo caso le correspondía. La hermana, sin detenerse a pensar qué le agradaría más a Gregorio, por la mañana y por la tarde, antes de marcharse a su trabajo, empujaba rápidamente con el pie cualquier comida al interior del cuarto. Por la noche la recogía de un escobazo, sin importarle en absoluto si Gregorio había probado un poco o la había dejado intacta, que era lo más frecuente. El arreglo del cuarto, de lo cual se ocupaba ella por la noche, no podía ser ejecutado con mayor prisa. Las paredes estaban surcadas por trazos mugrientos, y aquí y allá se amontonaban el polvo y las inmundicias. En los primeros tiempos, al entrar la hermana, Gregorio, a modo de reproche, se ubicaba en el rincón donde se acumulaba más mugre. Pero hubiera podido permanecer en él semanas enteras, sin que por eso la hermana se esmerase más,

pues ella veía la suciedad tan bien como él, pero estaba decidida a dejarla. Con una susceptibilidad que en ella era algo completamente nuevo y que también se había apoderado de toda la familia, cuidaba celosamente que la tarea de arreglar el cuarto le correspondiera solo a ella. Un día, la madre se atrevió a llevar a cabo la limpieza, para lo cual tuvo que acarrear varios baldes con agua —el exceso de humedad le hacía mucho mal a Gregorio, que, despatarrado bajo el sofá, permanecía inmóvil y amargado—, pero el castigo no tardó en llegar, pues la hermana no bien notó esa noche el cambio operado en la habitación de Gregorio, se sintió profundamente ofendida. Se precipitó en la sala y, a pesar de los gestos suplicantes de la madre, rompió en tal crisis de llanto que el padre, asustado, dio un salto en el sillón. Se quedaron mirándola con extrañeza sin saber qué hacer, hasta que comenzaron a recobrar la calma. El padre, a la derecha de la madre, le reprochaba el no haber dejado a cargo de la hermana la limpieza de la habitación de Gregorio, y la hermana, a la izquierda, gritaba que ya no le sería posible ocuparse de aquella limpieza. Mientras tanto, la madre quería arrastrar hasta el dormitorio al padre, que ya no podía más de excitación. La hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus pequeños puños y Gregorio siseaba encendido en cólera, porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta para ahorrarle aquel ruidoso espectáculo.

Pero aun cuando la hermana, agotada por el trabajo, estuviera harta de cuidar a Gregorio como antes, no era necesario que la reemplazara la madre para que Gregorio no quedara abandonado a su suerte, pues allí estaba la asistenta. Esta vieja viuda, que en su larga existencia pudo haber superado las mayores amargas gracias a su constitución fuerte y huesuda, no sentía ningún ho-

rror por Gregorio. No por curiosidad sino casualmente, abrió un día la puerta del cuarto de Gregorio y al ver a este, que, completamente sorprendido, comenzó a correr de aquí para allá aunque nadie lo perseguía, se quedó inmóvil, con las manos cruzadas, mirándolo con extrañeza. Desde entonces nunca dejó de abrir un poco la puerta, furtivamente, por la mañana y por la noche, para contemplar a Gregorio; incluso al principio lo llamaba con palabras que sin duda le parecían cariñosas, como: “¡Ven aquí, pues, viejo cascarudo!” o “¡Quién lo ve a ese viejo cascarudo!”. Gregorio no respondía, sino que se quedaba inmóvil en su sitio como si no hubiesen abierto la puerta. ¡Cuánto mejor hubiera sido que le ordenasen a la sirvienta limpiar diariamente el cuarto, en lugar de dejar que lo molestara a su antojo y sin ningún provecho! Una mañana temprano –mientras la lluvia, que acaso anunciaba la proximidad de la primavera, golpeaba con ímpetu los cristales– Gregorio se irritó tanto cuando la sirvienta comenzó de nuevo con sus expresiones que, aunque lento e inútil, se volvió contra ella con ánimo de atacar. Pero ella, en vez de asustarse, simplemente levantó muy alto una silla que estaba cerca de la puerta, y allí se quedó con la boca muy abierta y la intención manifiesta de no cerrarla hasta no descargar sobre el lomo de Gregorio la silla que sostenían sus manos.

–¿Así que no seguimos adelante? –preguntó al ver que Gregorio retrocedía. Y tranquilamente dejó el mueble en su sitio.

Gregorio ya casi no comía. Solo cuando pasaba casualmente junto a los alimentos, tomaba, por entretenerse, un bocado, lo guardaba durante horas en la boca y, las más de las veces, terminaba escupiéndolo. Al principio atribuyó su falta de apetito al estado lamentable del cuarto, pero pronto se reconcilió con su nuevo

aspecto. Los de la casa se habían ido acostumbrando a meter en él cosas que no podían acomodarse en otro sitio, y ya eran muchas porque uno de los cuartos de la casa había sido alquilado a tres huéspedes. Estos respetables señores –los tres usaban barba, como pudo comprobar Gregorio una vez que los vio por la rendija de la puerta– eran muy escrupulosos en cuanto al orden que debía reinar no solo en la pieza que habían alquilado, sino en todo el gobierno de la casa, particularmente en la cocina. No soportaban trastos inútiles y menos aún sucios. Además habían traído consigo la mayor parte de su mobiliario, y por lo mismo muchas cosas de la casa se habían vuelto superfluas, y, aunque era imposible venderlas, tampoco se querían tirar. Todas estas cosas iban a parar al cuarto de Gregorio, junto con el cajón de la basura y el cenicero de la cocina. Lo que de momento no se utilizaba, la sirvienta lo arrojaba de inmediato en el cuarto de Gregorio, quien, felizmente, las más de las veces solo veía el objeto en cuestión y la mano que lo sostenía. Tal vez la sirvienta tuviera intención de volver por aquellos trastos en el momento oportuno, o de arrojarlos fuera todos de una vez; pero de hecho permanecían allí donde habían sido tirados en un principio, siempre que Gregorio no los hubiera movido al tropezar con ellos; al principio obligado, porque ya no había sitio como antes para arrastrarse libremente, y luego con creciente placer, aunque después de tales excursiones se quedaba inmóvil durante horas enteras, muerto de fatiga y tristeza.

Como los huéspedes cenaban a veces en casa, en la sala común, la puerta que daba a esta permanecía cerrada algunas noches. Pero Gregorio se acostumbró fácilmente a esta circunstancia, y aun cuando otras veces la puerta quedó abierta, lejos de aprovechar la oportunidad, se echó en el rincón más oscuro de su cuarto sin que la



familia lo advirtiese. Pero un día la sirvienta dejó entornada la puerta que daba a la sala, y así quedó cuando los huéspedes llegaron por la noche y encendieron la luz. Se sentaron a la mesa en los sitios que antes ocuparan el padre, la madre y Gregorio, desdoblaron las servilletas y empuñaron cuchillos y tenedores. Enseguida apareció en la puerta la madre con una fuente de carne, seguida de la hermana con otra rebosante de papas. Un humo denso se elevaba de la comida. Los huéspedes se inclinaron sobre las fuentes colocadas ante ellos, como si quisieran probar la comida antes de servirse y, en efecto, el que estaba sentado en el medio y que parecía tener más autoridad que los otros dos, cortó un pedazo de carne en la misma fuente, sin duda para comprobar que estaba suficientemente tierna y que no era necesario enviarla de nuevo a la cocina. Se mostró satisfecho, y la madre y la hermana, que lo habían seguido ansiosas, respiraron y sonrieron con alivio.

La familia comía en la cocina. Sin embargo, el padre, antes de dirigirse hacia allí, entraba en la sala y, haciendo una única reverencia, daba una vuelta alrededor de la mesa con la gorra en la mano. Los huéspedes se levantaban a una y decían algo entre dientes, y cuando quedaban solos comían casi en silencio. A Gregorio le parecía extraño que en medio de los variados ruidos de la comida, siempre oía el que hacían los dientes al masticar, como si con ello se quisiera demostrarle que para comer se necesitan dientes y que de nada sirven las más hermosas mandíbulas desprovistas de ellos. “Claro que tengo apetito”, se decía Gregorio muy preocupado, “pero no de estas cosas. ¡Cómo comen estos huéspedes mientras yo me muero!”.

Esa misma noche tocaron el violín en la cocina. Gregorio no recordaba haberlo oído en todo aquel tiempo.

Los huéspedes ya habían dado término a su cena; el del medio sacó un diario, le dio una hoja a cada uno de los otros, y los tres leían echados hacia atrás y fumaban. Cuando el violín comenzó a sonar, prestaron atención, se levantaron y fueron de puntillas hasta la puerta del recibidor, y se quedaron allí inmóviles y muy juntos. Debieron oírlos desde la cocina, pues el padre dijo en voz alta:

—Si a los señores les desagrada la música, cesará de inmediato.

—Al contrario —dijo el señor del medio—. ¿No le agradaría a la señorita venir donde nosotros y tocar aquí, porque es más cómodo y agradable?

—¡Como no!, si ustedes lo permiten —exclamó el padre como si él fuera el violinista.

Los huéspedes volvieron a la sala y esperaron. De inmediato llegó el padre trayendo el atril, la madre las hojas de música y la hermana el violín. Muy tranquila, esta preparó todo para tocar. Los padres, que antes nunca habían alquilado habitaciones y por lo mismo exageraban la cortesía para con los huéspedes, no se atrevieron a sentarse en sus sitios habituales. El padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha metida entre dos botones de la librea cerrada; pero la madre aceptó el sillón que uno de los huéspedes le ofreciera, y se sentó, dejando el asiento en el rincón apartado donde aquel señor lo había colocado casualmente. La hermana comenzó a tocar; el padre y la madre, cada uno desde su sitio, seguían atentamente los movimientos de sus manos. Gregorio, atraído por la música, se atrevió a avanzar un paso y su cabeza ya estaba en la sala. Apenas lo sorprendía la escasa consideración que en los últimos tiempos tenía para con los otros, cuando antes, dicha consideración había sido su mayor orgullo. Y además tenía precisamente ahora

más motivos para ocultarse, pues se hallaba cubierto por el polvo que abundaba en toda su habitación y que se levantaba al menor movimiento; y también arrastraba consigo hilos, pelos y restos de comida adheridos al lomo y a los costados. Su indiferencia frente a todo era mucho mayor que antes, cuando él, echado de espaldas, se restregaba contra la alfombra varias veces en el día. A pesar del estado en que se encontraba, no sentía temor al avanzar un poco por el suelo immaculado de la sala.

Cierto que nadie reparaba en él. La familia estaba completamente absorta por el violín; no así los huéspedes, que si al principio se habían parado con las manos en los bolsillos del pantalón, detrás del atril, tan cerca de la hermana que hubieran podido leer las notas, con lo cual seguramente la molestaban, pronto se retiraron hacia la ventana conversando a media voz y con las cabezas inclinadas, y allí permanecían aún, lo cual preocupaba al padre que los observaba. Aquello parecía revelar muy claramente que habían sido defraudados en su esperanza de oír un concierto de violín hermoso o al menos entretenido, que ya estarían hartos de todo aquello, y que solo por cortesía permitían que les perturbasen la tranquilidad. Particularmente por la manera de exhalar hacia arriba el humo de sus cigarros, por la boca o la nariz, delataban su extrema nerviosidad. Y sin embargo, ¡qué bien tocaba la hermana! Con el rostro inclinado a un lado, seguía el pentagrama con ojos tristes y atentos. Gregorio se arrastró otro poco hacia adelante con la cabeza contra el suelo, haciendo lo posible para que la mirada de la hermana se encontrara con la suya. ¿Era realmente un animal cuando la música tanto lo conmovía? Le parecía que se le revelaba el camino hacia un alimento desconocido y ansiado. Estaba decidido a avanzar hasta la hermana, tirarle de la pollera e indicarle de este modo

que viniera a su cuarto con el violín pues nadie apreciaba aquí su música como él; y al menos mientras él viviera, no la dejaría salir de su cuarto. Por primera vez su espantosa figura le serviría de algo: rechazaría con furia a quienes lo agredieran, para lo cual querría estar en todas las puertas de su habitación al mismo tiempo. Pero la hermana tendría que permanecer con él voluntariamente y no por fuerza. Sentada en el sofá junto a él, inclinaría la cabeza para escucharlo, y él le confesaría que había tenido el firme propósito de enviarla al Conservatorio, y que de no haber ocurrido aquella desgracia, en las pasadas Navidades —¿acaso habían pasado ya las Navidades?— se lo hubiera contado a todos sin preocuparse de ocasionales objeciones. Luego de esta explicación la hermana rompería a llorar estremecida y Gregorio se erguiría hasta sus hombros para besarle el cuello que, desde que trabajaba en la tienda, acostumbraba a llevar desnudo, sin cuello ni cinta.

—¡Señor Samsa! —le dijo al padre el señor del medio, y sin perder más tiempo en palabras, señaló con el índice a Gregorio que avanzaba lentamente. Enmudeció el violín. El señor del medio miró primeramente a sus amigos, sacudiendo la cabeza, para volver después la vista a Gregorio. Al padre le pareció que en lugar de expulsar a Gregorio era preciso, ante todo, tranquilizar a los huéspedes pese a que ellos no acusaban la menor alteración, sino que parecían divertirse más con Gregorio que con el violín. Se precipitó hacia ellos con los brazos extendidos tratando de empujarlos a su habitación y, al mismo tiempo, ocultarles con su propio cuerpo la vista de Gregorio. En realidad ellos se mostraron un poco enojados, aunque no era posible saber si esto se debía a la actitud del padre o al enterarse de que habían vivido bajo el mismo techo con un vecino como Gregorio.

Exigían explicaciones al padre, levantaban a su vez los brazos, se tiraban nerviosamente de las barbas, mientras retrocedían muy lentamente a su habitación. Mientras tanto, la hermana había superado la perplejidad que le ocasionara el haber sido interrumpida bruscamente, y después de quedarse un momento con el violín y el arco en sus manos que colgaban indolentes, mirando el pentagrama como si todavía tocase, recobró súbitamente el ánimo, plantó el instrumento en el regazo de su madre que, respirando con fatiga, aún estaba en su butaca, y se precipitó a la habitación contigua a la que los huéspedes se acercaban ya más rápidamente, empujados por el padre. Pudo verse cómo, bajo las diligentes manos de la hermana, colchas y almohadones volaban por los aires y se acomodaban sobre los lechos. Y antes que los señores llegaran a la habitación, las camas ya estaban tendidas y ella se había escabullido.

El padre que, al parecer, estaba nuevamente poseído por su obstinación, olvidaba todas las normas de cortesía que debía a sus huéspedes. No hacía más que empujar y empujar, hasta que al llegar a la puerta el señor del medio dio una patada en el suelo y lo obligó a detenerse, diciéndole con voz de trueno al par que levantaba la mano y buscaba con la mirada también a la madre y a la hermana:

—Con esto, declaro que, teniendo en cuenta las circunstancias repugnantes que imperan en esta casa y esta familia —y al llegar aquí escupió en el suelo con brusca resolución—, entrego inmediatamente la habitación. Por supuesto que no pienso pagar absolutamente nada por los días que me alojé aquí; por el contrario, créame usted, he de pensar si presento una demanda contra usted, lo que será muy fácil de justificar.

Calló, y miró fijamente como si esperase algo. Y en efecto, sus dos amigos agregaron de inmediato:

—También nosotros nos vamos enseguida—. Tras lo cual el primero agarró el picaporte y cerró la puerta con estruendo.

El padre, tambaleándose y tanteando con las manos, caminó hasta su sillón y se dejó caer. Parecía que iba a echarse el acostumbrado sueñecito de todas las noches, pero la inclinación de su cabeza que colgaba, falta de apoyo, demostraba que no dormía. Durante todo ese tiempo, Gregorio había permanecido inmóvil en el mismo lugar en que lo sorprendieran los huéspedes. La desilusión ante el fracaso de su plan, y acaso también la debilidad causada por el hambre excesiva, le impedían moverse. Tenía cierta razón al temer que en breves instantes se descargaría sobre él una tormenta. Esperó. Ni siquiera se asustó cuando el violín se escurrió entre los dedos temblorosos de la madre y, cayendo de su regazo, resonó vibrante.

—Queridos padres —dijo la hermana golpeando la mesa con el puño, a modo de introducción—, esto no puede seguir así. Acaso no lo comprendan, pero yo sí. No quiero pronunciar el nombre de mi hermano ante semejante monstruo, y por lo tanto digo simplemente esto: debemos intentar deshacernos de él. Hemos hecho lo humanamente posible para cuidarlo y tolerarlo. No creo que nadie pueda reprocharnos lo más mínimo.

—Tiene toda la razón del mundo —dijo el padre para sí. La madre, que aún no podía salir de su ahogo, con los ojos extraviados, comenzó a toser sordamente, cubriéndose la boca con la mano.

La hermana corrió hacia ella y le sostuvo la frente. El padre, que parecía tener ideas más precisas luego de las palabras de la hermana, se había incorporado en

su asiento, jugaba con su gorra de ordenanza por entre los platos de la cena de los huéspedes, que aún estaban sobre la mesa, y miraba de vez en cuando a Gregorio que permanecía inmóvil.

–Debemos intentar deshacernos de él –dijo la hermana dirigiéndose solo al padre, pues la madre no podía oírlo a causa de la tos–. Estoy viendo que esto acabará con nosotros. Cuando se tiene que trabajar tan duramente como lo hacemos, no es posible tener que aguantar además estos tormentos en casa. Yo tampoco puedo más.

Y rompió a llorar con tanta fuerza, que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre que se las enjugó mecánicamente con la mano.

–Pero, hija, ¡qué le vamos a hacer! –dijo el padre compasivo y sorprendentemente lúcido.

La hermana se encogió de hombros como mostrando la perplejidad que se había apoderado de ella mientras lloraba, y que contrastaba con su anterior decisión.

–¡Si él nos comprendiera! –dijo el padre casi en tono interrogativo. La hermana, en medio del llanto, agitó vehementemente la mano indicando que no había ni que pensar en tal cosa.

–Si él nos comprendiera –repitió el padre, y cerrando los ojos hizo suya la convicción de la hermana acerca de la imposibilidad de esto– acaso pudiéramos llegar a un acuerdo con él. Pero así...

–Tiene que marcharse –dijo la hermana–. Es el único remedio, padre. No tienes más que desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído así durante tanto tiempo es sin duda el origen de nuestra desgracia. ¿Pero cómo es posible que esto sea Gregorio? Si fuera él, hace rato que hubiera comprendido que no es viable la convivencia de seres humanos con semejante bestia, y se hubiera marchado voluntariamente. Entonces ya no

tendríamos hermano, pero podríamos seguir viviendo y honrar su memoria. Pero así, este animal nos persigue, espanta a los huéspedes y evidentemente quiere apoderarse de toda la casa y echarnos a la calle. ¡Mira padre! –gritó de pronto–. ¡Ya empieza de nuevo!

Y presa de un temor totalmente incomprensible para Gregorio, la hermana abandonó aun a la madre, apartándose de su sillón como si prefiriese sacrificarla antes que permanecer cerca de Gregorio, y corrió a refugiarse detrás del padre que, excitado por esta actitud, también se puso de pie extendiendo los brazos ante la hermana como para protegerla.

Pero Gregorio no tenía la menor intención de asustar a nadie, y mucho menos a su hermana. Simplemente había comenzado a dar la vuelta para regresar a su habitación, y lo que realmente llamaba la atención era que, a causa de su estado achacoso, solo podía realizar la difícil maniobra ayudándose con la cabeza, que varias veces levantó para dejarla caer después golpeándola contra el piso. Se detuvo y miró alrededor suyo. Parecía que habían adivinado su buena intención. Aquello había sido solo un susto pasajero. Ahora todos lo observaban silenciosos y tristes. La madre estaba en su sillón con las piernas estiradas y muy juntas, y los ojos casi cerrados de desfallecimiento. El padre y la hermana se hallaban sentados uno junto al otro, y Grete rodeaba con una mano el cuello del padre.

“Bueno, tal vez ya pueda volverme”, pensó Gregorio, y comenzó de nuevo la operación. Fatigado, no podía reprimir los resoplidos, y de vez en cuando debía detenerse para descansar. Por lo demás, nadie lo apremiaba. Lo dejaban actuar por sí mismo. Apenas terminó de dar la vuelta, comenzó a retirarse en línea recta. Se asombró de la gran distancia que lo separaba de su cuarto



y no podía concebir cómo, a pesar de su debilidad, podía haber recorrido antes el mismo camino, casi sin notarlo. Pensando solo en arrastrarse lo más rápidamente posible, apenas se dio cuenta de que ninguna palabra, ningún grito de la familia lo molestaban. Recién cuando llegó a la puerta volvió la cabeza, pero no completamente, pues sintió que el cuello se le ponía rígido; con todo, vio aún que nada había cambiado detrás suyo, salvo que la hermana se había puesto de pie. Su última mirada fue para la madre, que ahora se hallaba profundamente dormida.

No bien entró en su cuarto, se cerró rápidamente la puerta y pasaron el cerrojo y la llave. Este ruido brusco asustó tanto a Gregorio, que las patitas se le doblaron. Quien tanta prisa tenía era la hermana. Había permanecido de pie y al acecho; luego, se había precipitado ágilmente hacia adelante, sin que Gregorio la oyera acercarse.

—¡Por fin! —exclamó dirigiéndose a los padres, mientras hacía girar la llave en la cerradura.

“—¿Y ahora?”, se preguntó Gregorio mientras, en medio de la oscuridad, miraba en torno suyo. No tardó en descubrir que ya le era absolutamente imposible moverse, pero no se asombró por ello, porque lo que ante todo le parecía poco natural, era el haberse podido desplazar, como hasta ahora, con esas patitas tan delgadas. Por lo demás se sentía relativamente cómodo, aunque a decir verdad le dolía todo el cuerpo, pero era como si los dolores se fueran debilitando cada vez más, y pronto fueran a desaparecer por completo. Apenas sentía la manzana podrida incrustada en su lomo y la inflamación completamente cubierta por el polvo blancuzco. Pensó en su familia con emocionado cariño. Su convicción de que tenía que desaparecer era acaso más firme que la de su hermana. Permaneció en un estado

de meditación vacuo y apacible, hasta que en el reloj del campanario dieron las tres de la madrugada. Llegó a tener conciencia de la claridad difusa del alba al otro lado de la ventana. Luego, involuntariamente, su cabeza se hundió por completo, y su hocico exhaló débilmente el postrer aliento.

Cuando, a la mañana siguiente, la sirvienta —que sin hacer caso a las súplicas para que lo evitara, golpeaba las puertas con tanta energía que ya nadie podía seguir durmiendo— entró en la pieza de Gregorio para hacerle la acostumbrada visita, no encontró al principio nada de particular. Supuso que él se quedaría inmóvil con el propósito de hacerse el ofendido, pues le atribuía una inteligencia cabal. Como tenía por casualidad el escobillón en la mano, desde la puerta trató de hacerle cosquillas a Gregorio. Al no conseguir nada con ello, se enojó y lo empujó un poco, y recién cuando vio que se movía sin ofrecer resistencia, puso atención, y cuando se dio cuenta de lo que sucedía, abrió unos ojos desmesurados, lanzó un silbido, y, sin detenerse más, abrió la puerta del dormitorio y gritó a voz en cuello en la oscuridad:

—¡Vean ustedes, ha reventado! ¡Ahí está, definitivamente reventado!

El señor y la señora Samsa se incorporaron en el lecho, y tuvieron que sobreponerse al susto que les dio la sirvienta, antes de poder entender lo que les anunciaba. No tardaron en arrojarse rápidamente de la cama, cada uno por su lado. El señor Samsa se echó la colcha sobre los hombros, mientras la señora Samsa salió del dormitorio en camisón. Así entraron al cuarto de Gregorio. Entretanto, también se había abierto la puerta de la sala donde dormía Grete desde la llegada de los huéspedes; salió completamente vestida como si no hubiera dormido

nada, cosa que también parecía delatar la palidez de su rostro.

—¿Muerto? —preguntó la señora Samsa dirigiendo a la sirvienta una mirada interrogante, pese a que ella misma podía comprobarlo, y aun saberlo sin necesidad de comprobación alguna.

—Eso es lo que quiero decir —contestó la sirvienta; y para demostrarlo apartó a un lado el cadáver de Gregorio con el escobillón. La señora Samsa intentó un ademán como para detenerla, pero no lo hizo.

—Bueno —dijo el señor Samsa—, ahora podemos dar gracias a Dios.

Se persignó, y las tres mujeres siguieron su ejemplo. Grete, que no apartaba la vista del cadáver, agregó:

—Miren cuán flaco estaba. En verdad hacía mucho tiempo que no comía nada. Así como entraba la comida a la pieza, así salía.

Efectivamente, el cuerpo de Gregorio era plano y enjuto, y eso se notaba recién ahora porque las patitas no lo sostenían y además porque era posible observarlo detenidamente.

—Grete, ven un momentito con nosotros —dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica. Y Grete, sin dejar de mirar el cadáver, siguió a sus padres al dormitorio. La sirvienta cerró la puerta y abrió la ventana de par en par. A pesar de lo temprano de la hora, ya había cierta tibieza mezclada con el aire fresco de la mañana. Marzo tocaba a su fin.

Los tres huéspedes salieron de su cuarto y buscaron extrañados el desayuno. Los habían olvidado.

—¿Dónde está el desayuno? —preguntó, malhumorado, el señor del medio a la sirvienta. Pero esta se quedó callada, y, llevándose el índice a los labios, hizo señas presurosas a los huéspedes invitándolos a pasar a

la habitación de Gregorio. Entraron al cuarto ya completamente claro y permanecieron de pie rodeando el cadáver de Gregorio, con las manos en los bolsillos de sus levitas algo gastadas. Entonces se abrió la puerta del dormitorio y apareció el señor Samsa metido en su librea, sosteniendo con un brazo a su mujer y con el otro a su hija. Los tres estaban algo llorosos. De a ratos Grete ocultaba su rostro contra el brazo del padre.

—¡Abandonen ustedes inmediatamente mi casa! —dijo el señor Samsa señalando la puerta pero sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó el señor del medio algo perplejo y con una sonrisa almibarada. Los otros dos tenían las manos atrás y se las frotaban sin cesar como esperando gozosos una pelea que habría de resultarles favorable.

—Quiero decir exactamente lo que digo —respondió el señor Samsa, al tiempo que, arrastrando consigo a las mujeres, avanzaba derecho al huésped. Este se quedó inmóvil con la mirada clavada en el suelo, como si todo tuviese que ordenarse de nuevo dentro de su cabeza.

—Entonces nos vamos —dijo al fin, y miró al señor Samsa como si, presa de una repentina humildad, tuviera que pedirle permiso hasta para tomar esta decisión. El señor Samsa se limitó a asentir con repetidos movimientos de cabeza y los ojos muy abiertos, tras lo cual el huésped se dirigió presuroso al recibidor con grandes pasos. Sus dos amigos, que hasta hacía un ratito escuchaban sin mover las manos, lo seguían muy de cerca dando pequeños saltos, como con miedo de que el señor Samsa pudiese llegar antes al recibidor e interponerse entre ellos y su guía. Al llegar al recibidor los tres tomaron los sombreros del perchero y los bastones del paragüero; sin decir palabra, hicieron una reverencia y abandonaron la casa. Con

una desconfianza completamente infundada, el señor Samsa y las dos mujeres salieron al rellano; apoyados en la baranda miraban cómo los tres señores bajaban por aquella larga escalera, lenta pero ininterrumpidamente. A cada vuelta de la escalera desaparecían en uno y otro piso, para volver a aparecer en un par de segundos. A medida que descendían, disminuía el interés que por ellos sentía la familia Samsa, y cuando el repartidor de una carnicería que subía, orgulloso, con su cesto en la cabeza, se cruzó con ellos, el señor Samsa y las mujeres abandonaron enseguida la baranda y entraron nuevamente en su casa con una sensación de alivio.

Decidieron destinar ese día al descanso y al paseo. No solo merecían una pausa en el trabajo, sino que de todos modos la necesitaban. Y así se sentaron a la mesa y redactaron tres cartas en las cuales se disculpaban: el señor Samsa al Directorio, la señora Samsa a su cliente y Grete a su principal. Mientras escribían entró la sirvienta a decir que se retiraba pues había terminado su tarea de la mañana. Los tres hicieron un signo de aprobación con la cabeza, sin levantar la vista. Pero como la mujer no se decidía a marcharse, la miraron con fastidio.

—¿Qué hay? —preguntó el señor Samsa.

La sirvienta sonreía desde el umbral como si tuviera que comunicar a la familia una nueva muy feliz, pero que solo lo haría si se lo preguntaban con insistencia. La plumita de avestruz casi vertical, clavada en su sombrero y que había exasperado al señor Samsa desde la llegada de aquella mujer a la casa, se balanceaba libremente en todas las direcciones.

—Bueno, ¿qué quiere usted? —preguntó la señora Samsa, que era a quien más respetaba la sirvienta.

—Pues bien —contestó esta, pero su risa franca no la dejaba continuar—, ahora no tiene por qué preocuparse

de cómo sacarse de en medio al cachivache de ahí al lado. Ya está todo solucionado.

La señora Samsa y Grete se inclinaron otra vez sobre sus cartas como para seguir escribiendo. El señor Samsa advirtió que la sirvienta quería comenzar a contarle todo con lujo de detalles; se lo impidió, amenazándola con la mano extendida. Como no la dejaban contar lo que quería, recordó que tenía mucha prisa y exclamó, notoriamente ofendida:

–¡Adiós a todos! –y, volviéndose furiosa, abandonó la casa con un portazo formidable.

–Esta noche la despediremos –dijo el señor Samsa sin recibir respuesta ni de su mujer ni de su hija, pues parecía que la sirvienta hubiera vuelto a alterar la tranquilidad que acababan de lograr. Ambas se levantaron, se dirigieron a la ventana y permanecieron allí abrazadas. El señor Samsa hizo girar su sillón y las contempló un instante en silencio. Luego dijo:

–Vengan aquí, pues. Olviden de una vez lo pasado y tengan un poco de consideración para conmigo.

Enseguida lo obedecieron, se precipitaron hacia él, lo acariciaron y se dispusieron a terminar de una vez las cartas.

Luego, salieron los tres juntos, cosa que no hacían desde muchos meses atrás, y tomaron el tranvía para ir a pasear al aire libre por los alrededores de la ciudad. Un sol cálido inundaba el coche en el cual eran los únicos pasajeros. Cómodamente instalados en sus asientos discutían proyectos de futuro y hallaron que estos, considerados en detalle, no eran en absoluto desechables, pues las ocupaciones de los tres, sobre las cuales aún no habían tenido tiempo de preguntarse mutuamente, eran excelentes y ofrecían posibilidades de futuro aún mejores. Lo que más ayudaría a mejorar la situación,

sería mudarse de casa; deseaban una pequeña y barata, pero mejor ubicada, y sobre todo más práctica que la actual, que había sido elegida por Gregorio. Mientras así conversaban, el señor y la señora Samsa miraban a su hija, siempre tan llena de vida, y se les ocurrió casi en el mismo instante, que en los últimos tiempos, y a pesar de que tantas calamidades le habían hecho perder el color de las mejillas, se había desarrollado y era una muchacha hermosa y exuberante. Se fueron quedando en silencio, y casi sin darse cuenta se entendían con la mirada, diciéndose que ya era tiempo de buscarle un buen marido. Y fue como una confirmación de sus nuevos sueños y buenas intenciones, cuando, al terminar el viaje, la hija se levantó la primera desplegando la juventud de sus formas.





## Un artista del hambre

En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo. Antes era un buen negocio organizar grandes exhibiciones de este género como espectáculo independiente, cosa que hoy, en cambio, es imposible del todo. Eran otros los tiempos. Entonces, toda la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés a cada día de ayuno; todos querían verlo siquiera una vez al día; en los últimos del ayuno no faltaba quien se estuviera días enteros sentado ante la pequeña jaula del ayunador; había, además, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto era realzado por medio de antorchas; en los días buenos, se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello solía no ser más que una broma, en la que tomaban parte medio por moda; pero los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido, con camiseta oscura, de costillas salientes, que, desdeñando un asiento, permanecía tendido en la paja esparcida por el suelo, y saludaba, a veces, cortésmente, o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba, quizás, un brazo por entre los hierros para hacer notar su delgadez, y volvía después a sumirse en su propio interior, sin preocuparse de nadie ni de nada, ni siquiera de la marcha del reloj, para él tan importante, única pieza de mobiliario que se veía en su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados,

y solo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores que sin cesar se renovaban, había allí vigilantes permanentes, designados por el público (los cuales, y no deja de ser curioso, solían ser carniceros); siempre debían estar tres al mismo tiempo, y tenían la misión de observar día y noche al ayunador para evitar que, por cualquier recóndito método, pudiera tomar alimento. Pero esto era solo una formalidad introducida para tranquilidad de las masas, pues los iniciados sabían muy bien que el ayunador, durante el tiempo del ayuno, en ninguna circunstancia, ni aun a la fuerza, tomaría la más mínima porción de alimento; el honor de su profesión se lo prohibía.

A la verdad, no todos los vigilantes eran capaces de comprender tal cosa; muchas veces había grupos de vigilantes nocturnos que ejercían su vigilancia muy débilmente, se juntaban adrede en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la manifiesta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, a su modo de ver, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada atormentaba tanto al ayunador como tales vigilantes; lo atribulaban; le hacían espantosamente difícil su ayuno. A veces, sobreponíase a su debilidad y cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia, mientras le quedase aliento, para mostrar a aquellas gentes la injusticia de sus sospechas. Pero de poco le servía, porque entonces se admiraban de su habilidad que hasta le permitía comer mientras cantaba.

Muy preferibles eran, para él, los vigilantes que se pegaban a las rejas, y que, no contentándose con la turbia iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada momento el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo

que ponía a su disposición el empresario. La luz cruda no lo molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar traspuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sala llena de una estrepitosa muchedumbre. Estaba siempre dispuesto a pasar toda la noche en vela con tales vigilantes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida vagabunda y a oír, en cambio, las suyas, solo para mantenerse despierto, para poder mostrarles de nuevo que no tenía en la jaula nada comestible y que soportaba el hambre como no podría hacerlo ninguno de ellos. Pero cuando se sentía más dichoso era al llegar la mañana y, por su cuenta, les era servido a los vigilantes un abundante desayuno, sobre el cual se arrojaban con el apetito de hombres robustos que han pasado una noche de trabajosa vigilia. Cierto que no faltaban gentes que quisieran ver en este desayuno un grosero soborno de los vigilantes, pero la cosa seguía haciéndose, y si se les preguntaba si querían tomar a su cargo, sin desayuno, la guardia nocturna, no renunciaban a él, pero conservaban siempre sus sospechas.

Pero estas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; solo el ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista; tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo

mismo. Solo él sabía –solo él y ninguno de sus adeptos– qué fácil cosa era el ayuno. Era la cosa más fácil del mundo. Verdad que no lo ocultaba, pero no le creían; en el caso más favorable, lo tomaban por modesto, pero, en general, lo juzgaban un reclamista, o un vil farsante para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que tenía, además, el cinismo de dejarlo enterver. Había de aguantar todo esto y, en el curso de los años, ya se había acostumbrado a ello; pero, en su interior, siempre le recomía este descontento y ni una sola vez, al fin de su ayuno –esta justicia había que hacérsela–, había abandonado su jaula voluntariamente.

El empresario había fijado cuarenta días como el plazo máximo de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni siquiera en las capitales de primer orden. Y no dejaba de tener sus buenas razones para ello. Según le había enseñado su experiencia, durante cuarenta días, valiéndose de toda suerte de anuncios que fueran concentrando el interés, podía quizá aguijonearse progresivamente la curiosidad de un pueblo; mas pasado este plazo, el público se negaba a visitarle, disminuía el crédito de que gozaba el artista del hambre. Claro que en este punto podían observarse pequeñas diferencias según las ciudades y las naciones; pero, por regla general, los cuarenta días eran el período de ayuno más dilatado posible. Por esta razón, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, ornada con una guirnalda de flores; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro; sonaban los acordes de una banda militar, dos médicos entraban en la jaula para medir al ayunador, según normas científicas, y el resultado de la medición se anunciaba a la sala por medio de un altavoz; por último, dos señoritas, felices de haber sido elegidas para desempeñar aquel papel mediante sorteo, llegaban a la jaula y pretendían sacar

de ella al ayunador y hacerle bajar un par de peldaños para conducirlo ante una mesita en la que estaba servida una comidita de enfermo cuidadosamente escogida. Y en este momento, el ayunador siempre se resistía.

Cierto que colocaba voluntariamente sus huesudos brazos en las manos que las dos damas, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a auxiliarle, pero no quería levantarse. ¿Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarle la gloria de seguir ayunando, y no solo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía tan poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitirselo? Además, estaba cansado, se hallaba muy a gusto tendido en la paja, y ahora tenía que ponerse en pie cuan largo era, y acercarse a una comida, cuando con solo pensar en ella sentía náuseas que contenía difícilmente por respeto a las damas. Y alzaba la vista para mirar los ojos de las señoritas, en apariencia tan amables, en realidad tan crueles, y movía después negativamente, sobre su débil cuello, la cabeza, que le pesaba como si fuese de plomo. Pero entonces ocurría lo de siempre; ocurría que se acercaba el empresario silenciosamente —con la música no se podía hablar—, alzaba los brazos sobre el ayunador, como si invitara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido, lo era; agarraba al ayunador por la sutil cintura, tomando al hacerlo exageradas precau-

ciones, como si quisiera hacer creer que tenía entre las manos algo tan quebradizo como el vidrio; y, no sin darle una disimulada sacudida, en forma que al ayunador, sin poderlo remediar, se le iban a un lado y otro las piernas y el tronco, se lo entregaba a las damas, que se habían puesto entretanto mortalmente pálidas.

Entonces el ayunador sufría todos sus males: la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas y, sin saber cómo, hubiera quedado en aquella postura; el cuerpo estaba como vacío; las piernas, en su afán de mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rascaban el suelo como si no fuera el verdadero y buscaran a este bajo aquel; y todo el peso del cuerpo, por lo demás muy leve, caía sobre una de las damas, la cual, buscando auxilio, con cortado aliento —jamás se hubiera imaginado de este modo aquella misión honorífica—, alargaba todo lo posible su cuello para librar siquiera su rostro del contacto con el ayunador. Pero después, como no lo lograba, y su compañera, más feliz que ella, no venía en su ayuda, sino que se limitaba a llevar entre las suyas, temblorosas, el pequeño haz de huesos de la mano del ayunador, la portadora, en medio de las divertidas carcajadas de toda la sala, rompía a llorar y tenía que ser librada de su carga por un criado de largo tiempo atrás preparado para ello.

Después venía la comida, en la cual el empresario, en el semisueño del desenjaulado, más parecido a un desmayo que a un sueño, le hacía tragar alguna cosa, en medio de una divertida charla con la que apartaba la atención de los espectadores del estado en que se hallaba el ayunador. Después venía un brindis dirigido al público, que el empresario fingía dictado por el ayunador; la orquesta recalcaba todo con un gran trompeteo, se marchaba el público y nadie quedaba descontento de lo

que había visto, nadie, salvo el ayunador, el artista del hambre; nadie, excepto él.

Vivió así muchos años, cortados por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación de aparente esplendor; mas, no obstante, casi siempre estaba de un humor melancólico, que se acentuaba cada vez más, ya que no había nadie que supiera tomarlo en serio. ¿Con qué, además, podrían consolarle? ¿Qué más podía apetecer? Y si alguna vez surgía alguien, de piadoso ánimo, que lo compadecía y quería hacerle comprender que, probablemente, su tristeza procedía del hambre, bien podía ocurrir, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador le respondiera con una explosión de furia, y, con espanto de todos, comenzara a sacudir como una fiera los hierros de la jaula. Mas para tales casos tenía el empresario un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el congregado público; añadía que solo la irritabilidad provocada por el hambre, irritabilidad incomprensible en hombres bien alimentados, podía hacer disculpable la conducta del ayunador. Después, tratando de este tema, para explicarlo pasaba a rebatir la afirmación del ayunador de que le era posible ayunar mucho más tiempo del que ayunaba; alababa la noble ambición, la buena voluntad, el gran olvido de sí mismo, que claramente se revelaban en esta afirmación; pero enseguida procuraba echarla abajo solo con mostrar unas fotografías, que eran vendidas al mismo tiempo, pues en el retrato se veía al ayunador en la cama, casi muerto de inanición, a los cuarenta días de su ayuno.

Todo esto lo sabía muy bien el ayunador, pero era cada vez más intolerable para él aquella enervante deformación de la verdad. ¡Presentábase allí como causa lo que solo era consecuencia de la precoz terminación del

ayuno! Era imposible luchar contra aquella incomprensión, contra aquel universo de estulticia. Lleno de buena fe, escuchaba ansiosamente desde su reja las palabras del empresario; pero al aparecer las fotografías, se soltaba siempre de la reja, y, sollozando, volvía a dejarse caer en la paja. El ya calmado público podía acercarse otra vez a la jaula y examinarlo a su sabor.

Unos años más tarde, si los testigos de tales escenas volvían a acordarse de ellas, notaban que se habían hecho incomprendibles hasta para ellos mismos. Es que mientras tanto se había operado el famoso cambio; sobrevino casi de repente; debía haber razones profundas para ello; pero ¿quién es capaz de hallarlas?

El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa, para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre. Claro que, en realidad, este fenómeno no podía haberse dado así, de repente, y, meditabundos y compungidos, recordaban ahora muchas cosas que en el tiempo de la embriaguez del triunfo no habían considerado suficientemente, presagios no atendidos como merecían serlo. Pero ahora era demasiado tarde para intentar algo en contra. Ciertamente que era indudable que alguna vez volvería a presentarse la época de los ayunadores; pero para los ahora vivientes, eso no era consuelo. ¿Qué debía hacer, pues, el ayunador? Aquel que había sido aclamado por las multitudes, no podía mostrarse en barracas por las ferias rurales; y para adoptar otro oficio, no solo era el ayunador demasiado viejo, sino que estaba fanáticamente enamorado del hambre. Por tanto,



se despidió del empresario, compañero de una carrera incomparable, y se hizo contratar en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones del contrato.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que sin cesar se sustituyen y se complementan unos a otros, puede, en cualquier momento, utilizar a cualquier artista, aunque sea a un ayunador, si sus pretensiones son modestas, naturalmente. Además, en este caso especial, no era solo el mismo ayunador quien era contratado, sino su antiguo y famoso nombre; y ni siquiera se podía decir, dada la singularidad de su arte, que, como al crecer la edad mengua la capacidad, un artista veterano, que ya no está en la cumbre de su poder, trata de refugiarse en un tranquilo puesto de circo; al contrario, el ayunador aseguraba, y era plenamente creíble, que lo mismo podía ayunar entonces que antes, y hasta aseguraba que si lo dejaban hacer su voluntad, cosa que al momento le prometieron, sería aquella la vez en que había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que provocaba una sonrisa en las gentes del oficio, que conocían el espíritu de los tiempos, del cual, en su entusiasmo, habíase olvidado el ayunador.

Mas, allá en su fondo, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin dificultad que no fuera colocada su jaula en el centro de la pista, como número sobresaliente, sino que se la dejara fuera, cerca de las cuadras, sitio, por lo demás, bastante concurrido. Grandes carteles, de colores chillones, rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que admirar en ella. En los intermedios del espectáculo, cuando el público se dirigía hacia las cuadras para ver los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se detuvieran allí un momento; acaso habrían permanecido más tiempo junto a él si no hicieran imposible una

contemplación más larga y tranquila los empujones de los que venían detrás por el estrecho corredor, y que no comprendían que se hiciera aquella parada en el camino de las interesantes cuadras.

Por este motivo, el ayunador temía aquella hora de visitas, que, por otra parte, anhelaba como el objeto de su vida. En los primeros tiempos apenas había tenido paciencia para esperar el momento del intermedio; había contemplado, con entusiasmo, la muchedumbre que se extendía y venía hacia él, hasta que muy pronto —ni la más obstinada y casi consciente voluntad de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia— tuvo que convencerse de que la mayor parte de aquella gente, sin excepción, no traía otro propósito que el de visitar las cuadras. Y siempre era lo mejor el ver aquella masa, así, desde lejos. Porque cuando llegaban junto a su jaula, enseguida lo aturdían los gritos e insultos de los dos partidos que inmediatamente se formaban: el de los que querían verlo cómodamente (y bien pronto llegó a ser este bando el que más apenaba al ayunador, porque se paraban, no porque les interesara lo que tenían ante los ojos, sino por llevar la contraria y fastidiar a los otros) y el de los que solo apetecían llegar lo antes posible a las cuadras. Una vez que había pasado el gran tropel, venían los rezagados, y también estos, en vez de quedarse mirándolo cuanto tiempo les apeteciera, pues ya era cosa no impedida por nadie, pasaban de prisa, a paso largo, apenas concediéndole una mirada de reojo, para llegar con tiempo de ver los animales. Y era caso insólito el que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando extensamente de qué se trataba, y hablara de tiempos pasados, cuando había estado él en una exhibición análoga, pero incomparablemente más lucida que aquella; y entonces

los niños, que, a causa de su insuficiente preparación escolar y general –¿qué sabían ellos lo que era ayunar?–, seguían sin comprender lo que contemplaban, tenían un brillo en sus inquisidores ojos, en que se traslucían futuros tiempos más piadosos. Quizá estarían un poco mejor las cosas –decíase a veces el ayunador– si el lugar de la exhibición no se hallase tan cerca de las cuadras. Entonces les habría sido más fácil a las gentes elegir lo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y acababan por deprimir sus fuerzas las emanaciones de las cuadras, la nocturna inquietud de los animales, el paso por delante de su jaula de los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a los animales de presa, y los rugidos y gritos de estos durante su comida. Pero no se atrevía a decirlo a la Dirección, pues, si bien lo pensaba, siempre tenía que agradecer a los animales la muchedumbre de visitantes que pasaban ante él, entre los cuales, de cuando en cuando, bien se podía encontrar alguno que viniera especialmente a verle. Quién sabe en qué rincón lo meterían, si al decir algo les recordaba que aún vivía y les hacía ver, en resumidas cuentas, que no venía a ser más que un estorbo en el camino de las cuadras.

Un pequeño estorbo en todo caso, un estorbo que cada vez se hacía más diminuto. Las gentes se iban acostumbrando a la rara manía de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos actuales, y adquirido este hábito, quedó ya pronunciada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle; la gente pasaba por su lado sin verle. ¿Y si intentara explicarle a alguien el arte del ayuno? A quien no lo siente, no es posible hacérselo comprender.

Los más hermosos rótulos llegaron a ponerse sucios e ilegibles, fueron arrancados, y a nadie se le ocurrió renovarlos. La tablilla con el número de los días transcurridos desde que había comenzado el ayuno, que en los primeros tiempos era cuidadosamente mudada todos los días, hacía ya mucho tiempo que era la misma, pues al cabo de algunas semanas este pequeño trabajo habíase hecho desagradable para el personal; y de este modo, cierto que el ayunador continuó ayunando, como siempre había anhelado, y que lo hacía sin molestia, tal como en otro tiempo lo había anunciado; pero nadie contaba ya el tiempo que pasaba; nadie, ni siquiera el mismo ayunador, sabía qué número de días de ayuno llevaba alcanzados, y su corazón se llenaba de melancolía. Y así, cierta vez, durante aquel tiempo, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del viejo número de días consignado en la tablilla, pareciéndole imposible, y habló de engañifa y de estafa, fue esta la más estúpida mentira que pudieron inventar la indiferencia y la malicia innata, pues no era el ayunador quien engañaba: él trabajaba honradamente, pero era el mundo quien se engañaba en cuanto a sus merecimientos.

\*\*\*

Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello tuvo su fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que solo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja y en medio de ella hallaron al ayunador.

–¿Ayunas todavía? –preguntó el inspector–. ¿Cuándo vas a cesar de una vez?

–Perdónenme todos –musitó el ayunador, pero solo lo comprendió el inspector, que tenía el oído pegado a la reja.

–Sin duda –dijo el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar con ello al personal el estado mental del ayunador–, todos te perdonamos.

–Había deseado toda la vida que admiraran mi resistencia al hambre –dijo el ayunador.

–Y la admiramos –repúsole el inspector.

–Pero no deberían admirarla –dijo el ayunador.

–Bueno, pues entonces no la admiraremos –dijo el inspector–; pero ¿por qué no debemos admirarte?

–Porque me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo –dijo el ayunador.

–Eso ya se ve –dijo el inspector–; pero ¿por qué no puedes evitarlo?

–Porque –dijo el artista del hambre levantando un poco la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no se perdieran sus palabras, con labios alargados como si fuera a dar un beso–, porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y como todos. Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.

–¡Limpíen aquí! –ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer, hasta para el más obtuso de sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida que le gustaba traíansela sin

largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad; parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces, que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.

## Índice

Prefacio .....	7
Introducción .....	11
Cuadro Cronológico.....	25
La metamorfosis.....	31
Un artista del hambre.....	97

